



REVISTA EUROPEA.

Núm. 176

8 DE JULIO DE 1877.

AÑO IV.

KANT Y LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XIX.

Vamos á describir, bajo uno de sus especiales aspectos, la revolucion filosófica que se ha realizado en Europa en los últimos treinta años. Hace diez que los efectos se han dejado sentir demasiado, para que sea posible negarlos ó solamente desconocerlos.

Comparad, en efecto, el estado de la filosofía en 1830 y el de hoy.

Los hombres que representan actualmente entre nosotros la juventud de la Restauracion, los que han asistido en la Soborna á las elocuentes lecciones con que el jefe de la escuela ecléctica intentaba renovar la filosofía francesa é imprimirlę el sello de su brillante genio oratorio, recuerdan qué confianza inspiraba entónces á los ánimos el descubrimiento de una filosofía definitiva. Se creía haber encontrado en el buen sentido el criterio seguro, el complemento indispensable del exámen filosófico. La reflexion y el análisis no tenían otra mision que la de interpretar, de traducir en un lenguaje más severo las inspiraciones intuitivas de la conciencia general. ¿Cuántos han conservado su fe de entónces en la virtud y la infalibilidad del método y de la doctrina eclécticas? Miétras los unos limitan toda su filosofía á dudar de la eficacia de ella, los otros acuden á Inglaterra ó Alemania en demanda de soluciones ó inspiraciones nuevas. Y resonando aún entre las paredes de nuestros colegios los nombres siempre respetados de los maestros de otro tiempo, nuestros escolares se asombran de no oir por fuera más que los nombres extranjeros de los maestros del dia.

La filosofía de los ingleses no tiene una historia ménos rica en contrastes sorprendentes.

El movimiento filosófico de los primeros treinta años del siglo parecía llegar al triunfo definitivo de la doctrina «escocesa.» El espíritu inglés creía haber renunciado para siempre á las temeridades metafísicas del idealismo de un Berkeley ó del nihilismo de un David Hume. Una filosofía prudente con exceso, exclusivamente aplicada á la observacion psicológica y á los problemas de la moral práctica, se preciaba de ignorar completamente cuanto sale de este estrecho horizonte. Compadecía los errores de la especulacion alemana, y no tenía mas que una irónica sonrisa para las tímidas resoluciones del

espiritualismo frances. ¿Qué vemos hoy? No son únicamente filósofos, como George Lewes, que se complacen con las invenciones y las osadías de la más sutil especulacion: las hipótesis del mismo Berkeley no hacen retroceder el ánimo de un sabio, de un Wallace, por ejemplo; y si el genio comedido de un Darwin duda aún en hacer deducciones metafísicas de la teoria de la *evolucion*, los teóricos de la escuela de Spencer acometen sin vacilacion los más árdulos problemas de la cosmología y de la psicología, y tratan de poner la filosofía de la naturaleza, lo mismo que la del hombre, en armonía con los nuevos principios de las ciencias físicas y naturales.

Alemania, que en 1830 hacía justicia á los nombres de Fichte, Schelling, Hegel, no experimenta hoy por estos ilustres maestros mas que desvío ó indiferencia. Los representantes infatigables de las antiguas doctrinas luchan valerosamente, pero sin éxito, por recobrar el favor, ó la atencion, cuando ménos. Nuevos nombres se apoderan de la curiosidad y de la simpatía del público. Se oye hablar por todas partes de positivismo, de realismo, allí donde sólo se trataba, no há mucho tiempo, de idealismo; y la opinion de aquel país, tan desdeñosa, con Hegel, de la filosofía experimental y sensualista de los ingleses, se alimenta hoy con las multiplicadas traducciones de un Mill, de un Buckle, de un Spencer.

No podemos pensar en seguir, en los detalles de sus causas y de sus efectos, en la infinita variedad de sus direcciones, un movimiento de ideas tan considerable como el que acabamos de bosquejar ligeramente. Unicamente nos proponemos estudiar una de las fases, la más curiosa y no siempre la más considerada, de esa profunda trasformacion del juicio contemporáneo. Vamos á demostrar que una gran doctrina, un gran nombre han sobrevivido á todas las fluctuaciones de los ánimos; que una filosofía que parecía deber participar de la suerte adversa de sus primeros partidarios, llegó á estar más floreciente que nunca entre los partidarios nuevos; que lentamente se ha conquistado, fuera del país en que había nacido, un lugar considerable en las preocupaciones ó la adhesion de los pensadores extranjeros. Nuestro objeto es hacer reconocer que la filosofía crítica, es decir, la filosofía de Kant, constituye hoy el lazo filosófico de los pueblos y genios más distintos. Y así como en el siglo XVII cupo á Descartes el imperecedero honor de fundar

una filosofía europea, así parece hoy que una gloria parecida le está reservada á Kant, el padre de la filosofía crítica.

Tal es en cierto modo la historia de las vicisitudes y del triunfo progresivo de esta filosofía desde 1830. Esas vicisitudes corresponden á las trasformaciones de la filosofía europea durante el mismo período. La doctrina de Kant constituye hasta cierto punto la unidad del drama filosófico en los numerosos actos que simultáneamente se representan en Francia, Inglaterra y Alemania. Aclara el prólogo y ayuda á adivinar el desenlace. En la confusa multiplicidad de direcciones contrarias en que la actividad filosófica de nuestro siglo parece dispersarse y perderse, es como el hilo conductor que guía el estudio y el juicio del historiador.

En los años que siguieron á la muerte de Hegel, acaecida en 1830, parecía que la filosofía de Kant debió participar de la suerte de los pensadores que la habían continuado.

Fichte, Schelling y Hegel eran, en efecto, hasta cierto punto, los herederos de la opinion kantiana. Fichte tomó especialmente de Kant su teoría sublime del deber; sobre el único fundamento de la moralidad, de la conciencia, intentaba hacer descansar nuestra certeza, toda nuestra ciencia. El genio artista de Schelling veía con preferencia en la opinion de la humanidad lo que encontraba en la suya propia, es decir, las potencias de la imaginación creadora. Sacaba de los finos análisis de Kant sobre la idea de lo bello los gérmenes de una filosofía impregnada de poesía que identifica el arte y la ciencia, reemplaza el método por la inspiración, y, considerando el desarrollo de la naturaleza y de la vida como el de un bello poema, cree que basta ser artista para entrar en los secretos de la actividad eterna. En fin, Hegel, con su carácter metódico y al mismo tiempo más comprensivo, afirmaba que la justicia y la belleza no absorben todos los atributos de la razón divina; que Dios es ante toda verdad, es decir, lógica, infalible é inmutable. Recordaba que si Kant escribió la *Crítica de la razón práctica* y la del juicio, él debutó con la *Crítica de la razón pura*; y que la razón es para él un principio lógico antes de ser un principio estético y moral.

Análisis los secretos de las operaciones misteriosas que se verifican en la inteligencia del sabio, en la imaginación del artista, en la conciencia del hombre virtuoso; dar al alma humana la noción reflexiva de la actividad que ejerce sin reflexión; esta fué una de las tareas que se impuso el genio de Kant, y la obra exclusiva á que se consagraron sus primeros intérpretes. Cualesquiera que sean las concepciones más ó menos atrevidas que su metafísica trascendente ha creído deber mezclar, esta parte de la obra del maestro encuentra en los discípulos un elocuen-

te, un precioso comentario que no dejará de ser estudiado sino el día en que la filosofía crítica deje de existir.

Pero Kant no se ha limitado á poner en claro el papel del espíritu, la espontaneidad de sus facultades nativas, ó, como sus discípulos, después de él, se complacen en decir, la autonomía de la razón. Con no menos cuidado se dedicó á determinar la parte de la experiencia y de los sentidos. La libertad que el yo desenvuelve no le hizo nunca olvidar la dependencia en que se halla de la naturaleza. Jamás se le hubiera ocurrido pensar que la ciencia pueda formarse sin el concurso de la observación. Kant había consagrado los primeros veinte años de su vida intelectual al estudio ó á la enseñanza de las ciencias matemáticas y físicas. ¿Cómo había de renunciar de repente al cultivo de los métodos científicos que le había inspirado tantas obras interesantes (por más que sean poco conocidas) ante la composición de sus tres grandes *Críticas*? Era demasiado buen discípulo de Newton para creer que las predicciones del genio equivalgan á la enseñanza de la experiencia. Su obra, en el fondo, era dar su parte legítima á la ciencia y á la especulación, á la experiencia y á la filosofía, á la naturaleza y al espíritu, ó, empleando su lenguaje, al sujeto y al objeto, á lo ideal y á lo real; formar, en fin, una teoría del conocimiento en que las más imperiosas exigencias del físico y del naturalista, así como los derechos imprescriptibles de la conciencia y de la imaginación poética, se reconocieran y reconciliaran.

Pero sus primeros intérpretes no se dedicaron más que á la mitad de su obra. Preocupados con aclarar, desarrollar las profundas verdades contenidas en el idealismo de Kant, olvidaron cuanto su enseñanza encerraba de principios realistas. Así se vió desarrollarse tímidamente, por el pronto, en Fichte, y después con toda la temeridad de una imaginación sin freno en Schelling, ó con las pretensiones pedantescas de la infalibilidad de una lógica sistemática en Hegel, una filosofía de la naturaleza que aspiraba á romper las duras trabas del método experimental y penetrar los secretos de la naturaleza ó sorprender los consejos de la sabiduría suprema por la sola virtud de una especie de intuición mística, en nombre de la identidad afirmada del espíritu divino y la razón humana. El estudio detenido de las condiciones mecánicas de los fenómenos fué considerado supérfluo é indigno de la libertad del espíritu. En lugar de hacerse intérprete dócil de la naturaleza y de obedecerla más pacientemente á fin de dominarla con más seguridad, según la frase de Bacon, se arrogó el derecho de dictarle leyes. ¡Y en qué ocasión se desplegaban esas audaces teorías! Cuando Sócrates se creía autoriza-

do por las contradicciones y la esterilidad de las teorías científicas de su tiempo para negar al hombre el conocimiento de las leyes de la naturaleza; cuando se levantaba contra la impiedad de los físicos que, como nuevos Prometeos, tratan de robar á los dioses sus secretos, se comprende que un Platon buscarse en las inspiraciones de una especie de revelacion interior las explicaciones que ya no se osaba esperar de la observacion y de la experiencia. Pero ¿se daba el mismo caso cuando Schelling y Hegel pretendían sustituir con los oráculos infalibles de su filosofía de la naturaleza las pacientes investigaciones, las laboriosas demostraciones de la ciencia? Y es en el siglo XIX en el que se han producido esas orgullosas teorías; en el siglo que por los grandes trabajos de Lamarck, Cuvier, Geoffroy-Saint-Hilaire, los de Oersted y Ampere, veía renovarse y engrandecerse nuestras ideas sobre la materia y el organismo, y aumentar las riquezas ya considerables que la edad precedente había acumulado; en ocasion en que el descubrimiento del análisis espectral iba á hacer retroceder los límites de la investigacion física y demostrar la conexión no sólo de los planetas, sino de todas esas estrellas que parecen, como otros muchos planetas de orden superior, gravitar alrededor de un centro misterioso del mundo.

En esos momentos precisamente era considerada la vía láctea por Hegel como un fenómeno de tan poca importancia como una especie de erosion en la piel de una mano enferma! El atrevido filósofo osaba, en nombre de sus principios *á priori*, contradecir la física de un Kepler y de un Newton, cuando los descubrimientos de Herschel y Leverrier no debían tardar en proporcionarle brillante justificación! Después de que la aplicacion hecha por Laplace de la física newtoniana á la explicacion de los orígenes de nuestro sistema solar, había desterrado ó excluido la teología de la física astronómica; la vispera, en cierto modo, del día en que la doctrina de la conservación de la energía y de la equivalencia mecánica de las fuerzas, amenazaba excluirla de la física, y treinta años nada más, próximamente, ántes de que la teoría mecánica de la evolucion se preparase á disputarle su última trinchera,—el mundo de los organismos,—entonces fué cuando Schelling y Hegel intentaron confiar á explicaciones puramente teleológicas el desarrollo de la naturaleza y de la vida, y separar los secretos de la lógica ó del arte divinos, sin tomarse el trabajo de estudiar los procedimientos mecánicos!

¿Es asombroso que el genio del siglo XIX aspirase impacientemente á respirar el aire de la realidad experimental y haya roto con violencia el estrecho círculo de abstracciones en que se ahogaba? Los triunfos de la ciencia, no ménos que las divisiones

intestinas de los filósofos idealistas, desviaron fácilmente los espíritus de la especulacion metafísica y concentraron todo su interés, toda su actividad en las indagaciones de la ciencia. La única filosofía que podría responder en lo sucesivo á las necesidades de una generacion ávida de ciencia, debía ser la que, dejando á un lado toda metafísica, se concretase á recoger las enseñanzas de la experiencia y á coordinarlas en una vasta síntesis que se reduciría humildemente al papel de auxiliar de la ciencia, como la filosofía de la Edad Media se había puesto al servicio de la teología (*ancilla theologiae*); la que sin pretender traspasar el horizonte de la experiencia, ya porque se resignase á ignorar la realidad oculta tras los fenómenos, ya porque identificara la realidad con las impresiones de los sentidos, ó, en otros términos, ya porque se atuviera al medio escepticismo de los positivistas, ó ya porque se aventurase hasta el dogmatismo de los materialistas, se propusiera prescindir de lo que no interesa al sabio, ignorar los problemas de que no hay para qué ocuparse, y no admitir otro método ni otra seguridad que la del cálculo y de la experiencia. Debía considerar como una pérdida de tiempo y de fuerzas toda investigacion sobre los principios y los métodos de la ciencia. La razón, se decía, pierde en demostrar su facultad de conocer un tiempo que valdría más emplear en ejercitarla. A los que la niegan puede contestar como en cierta ocasion respondió un sabio á un sofista que le pedía le probase el movimiento: echando á andar.

Así se expresaban los adversarios de la metafísica; y preciso es confesar que las exageraciones del dogmatismo idealista justifican hasta cierto punto su lenguaje. Casi se podría decir que todo el movimiento filosófico de esta época no ha sido más que una reivindicacion progresiva, bajo diversas formas, de los derechos del mecanismo que están indisolublemente ligados á la causa de las ciencias experimentales.

Al culto exclusivo de la abstraccion y de la razón impersonal, Feuerbach, que había conocido su fría embriaguez, pero que pronto se cansó de ella, contestó con la glorificación contraria de los sentidos y del individuo. Sin duda Feuerbach se muestra hegeliano por su preocupacion exclusiva del hombre, por el lugar subalterno que en él encuentra el estudio de la naturaleza, y por el tono de mística exaltacion con que aboga por la causa del egoismo y de los sentidos, las dos cosas ménos místicas que hay en el mundo. La infalibilidad que reclama para la sensacion individual recuerda la infalibilidad de la idea absoluta que proclama la dialéctica hegeliana. A pesar de estas disposiciones que evidentemente son debidas á su primera educacion, Feuerbach puede ser considerado como el primer após-

tol del materialismo en Alemania. Sin cesar afirma que el hombre corporal es el hombre completo; que fuera del mundo físico sería en vano buscar una realidad cualquiera. «Verdad, realidad, sensibilidad, son cosas idénticas.»—«La filosofía nueva, dice además, hace del hombre, admitiendo la naturaleza como base de la existencia humana, el único, el universal, el más alto objeto de la filosofía, de la antropología, por consiguiente la ciencia universal.» Así es como la vida, la realidad sensible, recuperan, por una reacción excesiva, sus derechos desconocidos por la teosofía abstracta, por la lógica mística de los hegelianos.

Al mismo tiempo que Feuerbach declaraba así la guerra á las abstracciones morales y teológicas, un pensador francés atacaba á la metafísica en nombre de los métodos y de los descubrimientos de la ciencia contemporánea. Augusto Comte, en medio de una vida atormentada por la miseria, la falta de salud y esa perpétua inquietud que parece ser el precio, el rescate del genio, acometió la empresa de constituir la filosofía positiva, que debía responder á las necesidades realistas de la época. Según él, la ciencia humana se limita al conocimiento de los hechos y de las leyes que rigen sus relaciones en el espacio ó su duración, es decir, á puras informaciones de sucesión ó de coexistencia. Comte no pretende, como Feuerbach, que veamos la revolución de las cosas en los fenómenos y sus leyes, no quiere oponer el dogmatismo de los materialistas al de los idealistas; por el contrario, declara expresamente que no podemos llegar hasta las últimas raíces de la realidad y de la verdad, y que estamos reducidos á un conocimiento completamente relativo.

En resumen, las dos doctrinas que acabamos de caracterizar brevemente, y cuya acción más brillante, aquí más oscura, se hizo sentir en los ánimos casi por la misma época, no son, á pesar de sus distintas formas, más que una misma protesta, enérgica seguramente hasta el exceso, contra la metafísica abstracta y quimérica que, durante más de treinta años, había llenado á Alemania de sus pretendidos oráculos, y cuyo eco más ó menos confuso sedujo menos que asombró á los países vecinos.

En Inglaterra, por la misma época, la escuela sensualista, que había cambiado de nombre con Hartley y que en adelante se llamó escuela *asociacionista*, continuó con los dos Mill, James Mill y Stuart Mill, defendiendo el punto de vista de Locke, y demostrando ignorar que Kant lo había traspasado hacía ya mucho tiempo. Esta escuela desconocía la actividad propia, la libertad del espíritu en el orden teórico, y llegó necesariamente á rechazarlo también en el orden práctico. Como las dos es-

cuelas anteriores, niega que haya algo más allá de los hechos; su realismo se da la mano por un lado con el materialismo de Feuerbach y por el otro con el positivismo de Comte.

Como vemos, por todas partes se deificaba en cierto modo la experiencia. Pero no se preguntaba más, como hacía Kant, que el valor de los principios sobre que se apoya. Se negaba ó se declaraba inaccesible toda realidad que no fuese la sensible; pero se desconocía que la realidad sensible no responde ni á las exigencias de la conciencia ni á las necesidades del corazón humano.

Contra esta tendencia general al realismo, provocada y estimulada por el espectáculo de los excesos en que se había extraviado la teoría demasiado exclusivamente idealista de los primeros discípulos de Kant; contra el descrédito momentáneo en que cayó este último, no hemos visto producirse en los diferentes países sino débiles tentativas de resistencia.

Las escuelas realistas se apoyaban en la ciencia y encontraban en los sabios una acogida favorable. Los eclécticos franceses de la misma época nos asombran, en cambio, por su desvío para las ciencias de la naturaleza. Aparte de la gran cuestión de Jouffroy y Broussais, la escuela ecléctica era tan desconocida para los sabios como á estos afectaba ella desconocer. La filosofía no aspira ya á dar lecciones á los sabios, como en tiempo de Schelling y de Hegel; pero sí á vivir tranquilamente, separada de la ciencia, como si pudiera pasarse sin ella y renovarse de otro modo que por su contacto. Más valía para la dignidad y la vitalidad de la teoría filosófica la pretensión de dominar á la ciencia, que la de desligarse de ella. Si el eclecticismo no tenía en cuenta el realismo, para combatirlo en seguida más seguramente, ¿era de suponer que se hallase mejor dispuesto á elegir sus armas en el idealismo discreto de Kant?

No, se imputaba á este como un crimen la novedad paradójica de sus escritos y las temeridades de sus primeros intérpretes, como si la paradoja de hoy no pudiera llegar á ser la verdad de mañana; como si los errores de los sucesores de Kant no procedieran precisamente de haber traducido mal su pensamiento. La escuela ecléctica prescindía de Kant, prefiriendo atenerse á Descartes y aún acudir algunas veces á Leibnitz, sin tener presente que el principio sólido de estos dos filósofos, la conciliación del espíritu y la materia, del idealismo y el mecanismo, se encuentra, pero renovado y robustecido, en la doctrina de Kant.

En Inglaterra, por el contrario, dos talentos distintamente notables se inspiraban en los principios del kantismo para refutar el positivismo inglés. La *Historia de las ciencias inductivas*, de Whe-

well, la polémica que entabló con Herschel, primero, y luego con Stuart Mill, respecto á la ineidad de los principios matemáticos, al mismo tiempo que los *Ensayos sobre la metafísica y la lógica*, y los demas escritos de William Hamilton, defendían enérgicamente los derechos y las verdades esenciales de la filosofía *a priori* contra el empirismo exclusivo de la escuela asociacionista, rechazando los excesos de Schelling y Hegel. Trataremos de apreciar exactamente lo que hay del idealismo kantiano en las teorías de este último, y tal vez encontraremos que lo que le falta, como tambien á Whewell, lo que explica el fracaso relativo de su tentativa, es que no toma bastante de Kant y que le debe más bien una teoría del conocimiento que una teoría de la libertad, una doctrina lógica más bien que una filosofía moral.

D. NOLEN.

(Concluirá.)

LA POESÍA HORACIANA EN CASTILLA.

Es mi propósito exponer brevemente la historia, hasta ahora no escrita con separacion y claridad, de los imitadores *horacianos* en España, tarea que puede servir de complemento al estudio sobre los traductores y comentaristas, que acaba de leerse. Dividiré el que sigue en dos secciones, dedicada la primera á los poetas horacianos de Castilla, y la segunda á los de Portugal, dado que en la poesía *catalana* nunca ha dominado mucho la influencia que vamos persiguiendo. Cataluña ha dado excelentes horacianos, uno de primer orden, pero han escrito en castellano y entran, por ende, en esta primera seccion.

Entendiendo yo por *poesía horaciana* la que fielmente se inspira en el pensamiento ó en las formas del lírico de Venusa con plena y cabal noticia de sus perfecciones y excelencias, en balde buscaríamos rastros de esta tendencia durante los siglos medios en que no Horacio, poeta en cierto sentido *moderno*, sino otros ingenios latinos, en especial Virgilio y Lucano, tuvieron más ó menos directo predominio é influencia. Y era natural que así sucediese, aparte de otras consideraciones obvias, porque es la forma lírica la menos susceptible de ser disfrutada y apreciada debidamente en tiempos de no refinada cultura estética, aunque de ciencia profunda é inspiracion valiente, cuales fueron los tiempos medios. La poesía narrativa halaga todas las imaginaciones; mas para sentir y quilatar los primores de la oda ó de la sátira al modo clásico, requiérese una educacion humanística que sólo desde el Renacimiento acá han tenido los pueblos de Europa. Ni el fondo

de Horacio ni su expresion convenian á la Edad-Media, y si por maravilla encontramos algun lejantisimo rastro más en los latinistas eclesiásticos que en los poetas de lenguas vulgares, nunca una verdadera y directa imitacion, reduciéndose estos vestigios unas veces á ciertas formas rítmicas conservadas por la tradicion de los himnos de la Iglesia, y otras á coincidencias, que pudieran ser casuales, en pensamientos comunes. Es indudable que Horacio fué el poeta clásico menos leído en aquellos siglos, si exceptuamos á Catulo, Tibulo y Propercio que permanecieron aún más olvidados.

Sabido es que el Archipreste de Hita intercaló en su misceláneo poema variedad de fábulas y ejemplos tomados de fuentes muy diversas. Alguno de ellos, el de *Mur de Monferrado* y *Mur de Guadalajara*, por ejemplo, hállase en Horacio; mas no veo fundamento bastante para deducir de aquí que el Archipreste conociese las sátiras y epístolas del Venusino. El apólogo citado *de los dos ratones* y otro ú otros dos que se hallan en el mismo caso, andan de antiguo en las colecciones esópicas que el Archipreste conocía bien, y la manera de contarlos se asemeja muy poco á la de Horacio, habiendo hasta en los pormenores alguna diferencia. Por lo demas, la fábula del Archipreste es, á mi entender, superior en gracia narrativa á las posteriores de Argensola, Lafontaine, Samaniego, y tantos otros como han traqueado el mismo asunto,

..... De los dos cautos ratones
Que en Horacio tal vez habrás leído.

En algunos de nuestros antiguos libros de *ejemplos*, reaparecen ciertas fábulas de las introducidas por Horacio en sus sátiras y epístolas, pero tomadas siempre de las colecciones de apólogos, entónces muy leídas, nunca del texto del poeta. Sólo en el Archipreste pudiera caber duda, puesto que fué hombre de cultura clásica y obedeció en parte á las tendencias del *primer renacimiento* comenzado en el siglo XIII y bruscamente detenido, aunque no cortado, en la segunda mitad del XIV.

Este primer renacimiento, que pudiera llamarse *petrarquista*, puesto que el amor de Laura figura á la cabeza de los restauradores de la antigüedad en Italia, no es todavia el *renacimiento horaciano*. Llega este en el siglo XV, pero incompleto y débil aún por lo que toca á la poesía en lenguas modernas. El Marqués de Santillana inicia entre nosotros aquel movimiento, asimilándose á su manera el espíritu de Horacio en aquella imitacion del *Beatus ille*, en otro lugar recordada, porque de ella arranca todo estudio horaciano en la Península.

Con nueva vida, al par que con admirable sabor antiguo, restauraron en esa centuria las formas y la

idea de Horacio los poetas latino-italicos, entre los cuales descuella Angelo Poliziano, el hombre que más viveza, animacion y gracia juvenil ha logrado poner en una lengua muerta. Alma del todo pagana, sintió como nadie el prestigio de la antigüedad, y supo comunicársele á aquellas brillantes *silvas* que fueron enseñanza y alimento de la juventud neolatina en la edad siguiente. En sus poesías sueltas, Angelo osaba imitar de Horacio todo, hasta la oda *In anum libidinosam*. Cuando Landino publicó en 1483 su edicion de Horacio, la primera un tanto correcta que vió Europa, encabezóla Poliziano con unas peregrinas estrofas:

Vates Threicio blandior Orptheo,
Seu malis fidibus sistere lubricos
Amnes, seu tremulo ducere pollice
Ipsis cum latebris feras...

¡Cómo palpita el sublime entusiasmo del renacimiento en aquellos alados versos:

Quis te a Barbarica compede vindicat,
Quis frontis nebulam dispulit, et ritu
Detorso, levibus restituit choris,
Curata juvenem cute?
O quam nuper eras nubibus et malo
Obductus senio! Quam nitidos ades
Nunc vultus referens, docta fragrantibus
Cinctus tempora floribus.
Nunc te deliciis, nunc decet et levi
Lascivire choro, nunc puerilibus
Insertum thiasis, aut fide garrula
Ludere inter virgines.

Este canto de loor á Horacio parece el himno triunfal de los *Renacientes*. Desde aquella época el cisne del Ofanto, por tanto tiempo olvidado, imperará sobre las generaciones literarias con absoluto é incontrastable predominio. Veámoslo en nuestra Castilla.

I.

Ab Jove principium: comencemos por Garcilasso.

¿Y cómo no, si á él se debe la primera joya horaciana de la poesía moderna, *La Flor de Gnido*, que no por ser la primera deja de parecer una de las más lindas y primorosas imitaciones de la lírica clásica? Pero es destino de los grandes ingenios comenzar por donde otros acaban. Con aquellas veintidos estrofas, modelos de ligereza y de gracia, resucitó Garcilasso la erótica horaciana, amoldándola diestramente al gusto moderno, y creó á la vez una combinacion rítmica suelta y fácil que parece nacida para tal intento; estrofas de cinco versos, en

que graciosamente se combinan los de siete con los de once, esencialmente líricos y tan flexibles, que de igual modo se prestan á ardientes suspiros de amor ó blandas galanterías que á reposadas meditaciones morales ó á himnos religiosos. En buen hora se le ocurrió á Garcilasso dejar las estancias largas y el monótono silogizar de los petrarquistas, para dirigir á doña Violante Sanseverino, en nombre de Fabio Galeota, aquel precioso juguete. Tino y discrecion sin iguales mostró en la disposicion de su oda, como quien había estudiado la artificiosa marcha de las de Horacio. Tras oportuna introduccion, habla

de aquel cautivo
De quien tenerse debe algun cuidado,
Que está muriendo vivo
Al remo condenado,
En la concha de Vénus amarrado...

y trae oportunamente á la memoria, igualándolas ó excediéndolas, las quejas de Horacio á Lidia en la oda 8.ª del libro I. Nacido sin esfuerzo del asunto, viene el episodio de Anaxarete y su trasformacion en mármol, á la manera que en las odas del poeta de Venusa aparecen el Rapto de Europa (*Impios parre*) y el castigo de las Danaides (*Mercuri, nam te*). No está peor contado el de nuestro poeta, que termina oportunamente su canto con nuevas exhortaciones á la dama para que deponga su esquivaza. La ejecucion es tan intachable como sencillo y clásico el plan. Con buen agüero entraba Horacio en España.

Abundan en los versos de Garcilasso las imitaciones más ó ménos directas de Horacio. El canto de Salicio en la égloga 2.ª,

Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse
Que con la dulce soledad se abraza...

es remedo feliz del *Beatus ille*. Hay en este trozo versos y frases excelentes, que, como otras muchas de Garcilasso, quedan estereotipadas en nuestro lenguaje poético:

No ve la llena plaza,
Ni la soberbia puerta...
Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro
Bajo y vil le parece...
Convida á dulce sueño,
Aquel manso ruido
Del agua que la clara fuente envía,
Y las aves sin dueño
Con canto no aprendido..
Y entre varios olores

Gustando tiernas flores

La solícita abeja susurrando...

Garci-Lasso estaba empapado de Horacio; él trasladó á nuestra poesía por vez primera el *Si fractus illabatur orbis*:

Mas si toda la máquina del cielo

Con espantable son y con ruido

Hecha pedazos, se viniere al suelo,

Debe ser (*el pecho generoso*) aterrado y oprimido

Del grave peso y de la gran ruina,

Primero que espantado y oprimido.

Los comentadores de Garci-Lasso tuvieron cuidado de recoger todas las reminiscencias clásicas que hay en sus escritos. Entre ellas, apuntaron las de Horacio, por lo cual no me detendré más en este punto.

La oda horaciana había tomado carta de naturaleza en nuestro Parnaso; faltaba introducir la sátira y la epístola. Hicieron lo segundo Boscán y D. Diego de Mendoza.

Comencemos por Mendoza, que mostró en más ocasiones tal intento, puesto que en sus obras impresas hallamos nueve epístolas. Clarísimo era el entendimiento del ilustre diplomático, y en su agudo ingenio corrían parejas lo variado con lo profundo. En casi todos los géneros literarios probó sus fuerzas, por lo comun con fortuna. Mas sus cartas poéticas, de igual suerte que el resto de sus composiciones en metro toscano, andan harto lejanas del encanto de su prosa y de la fluidez y armonía de sus versos cortos. Duros, ásperos y llenos de finales agudos, desagradan á la primera lectura los endecasílabos de Mendoza, que, á estar trabajados con más esmero, fueran deleitoso recreo por lo nutrido del pensamiento, la verdad de los afectos y, á veces, por el feliz desenfado de la expresion. No todas sus epístolas están inspiradas por Horacio; pero siempre, así en la idea como en la forma, aparecen rastros del plácido epicurismo y del familiar abandono de los *sermones* del Venusino. Los trozos imitados y aun traducidos de éste mézclanse en las obras de D. Diego con recuerdos de Anacreonte (1), Píndaro (2), Homero (3), Virgilio (4), Ti-

bullo, oportunamente traídos á cuento, y remozados, cuando no con pensamientos originales del autor é hijos de su larga experiencia, á lo ménos con la expresion desembarazada y franca del hombre de mundo, curtido en los afanes de la guerra y de la política, y prácticamente desengañado de la vanidad de las cosas humanas. Tal sentimiento, però con dulzura clásica y sin misantropía, anima la segunda de sus cartas, dedicada á Boscán, la cual es en su primera parte traduccion libre de la sexta del libro I de Horacio:

Nil admirari propè, res est una, Numici...

Si esta composicion no estuviese versificada con tanto descuido, hubiera alcanzado de cierto mayor fortuna.

Hacia la mitad de la epístola comienza Mendoza á discurrir por su cuenta, aunque acordándose siempre de otros pensamientos de Horacio:

Si te puede sacar de esa contienda

La virtud, como viene, simple y pura,

Al resto del deleite ten la rienda.

Por los desiertos montes va segura,

No teme las saetas venenosas,

No el fuego que no pára en armadura,

No entrar en las batallas peligrosas,

No la cruda é importuna y larga guerra,

No el loco mar con ondas furiosas,

No la ira del cielo que á la tierra

Hace temer con hórrido sonido,

Cuando el rayo, rompiéndola, se entierra.

El hombre justo y bueno no es movido

Por ninguna destreza de ejercicios,

Por oro ni metal bien esculpido

.....

No por la pena eterna del profundo,

No por la vida larga ó presta muerte.

.....

Siempre vive contento con su suerte...

Cualquier tiempo que llega, aquel le aplace...

Es por dedentro y por defuera puro,

Piensa en sí lo que dice y lo que ha hecho

Duro en temer, y en esperar más duro...

Algunos de estos pensamientos están inmejorablemente expresados, y figurarían bien en la *Epístola moral á Fabio*.

Hoy parecen triviales estas moralidades, pero eran una novedad en la poesía del siglo XVI.

Al final de la epístola, Mendoza se acuerda de Tibullo, y traza un agradable cuadro de felicidad doméstica, que ameniza con imágenes campestres fáciles y risueñas:

Mira el sabroso olor de la campaña

(1) Tú, Vulcano, señor de los plateros...
Házme un vaso de plata...
En él no entalles rayos...

CARTA IV. Á D. LUIS DE ZUÑIGA.

(2) Como fuego encendido en noche oscura
Entre todos metales se parece
El oro..... etc.

CARTA VII. Á D. BERNARDINO DE MENDOZA.

(3) La alegoría de los dos toneles en la CARTA VII.

(4) A la orilla del agua clara y fria
De mármol alzaré soberbio templo...

CARTA V.

Que dan las flores nuevas y süaves,
 Cubriendo el suelo de color extraña;
 Escucha el dulce canto que las aves
 En la verde arboleda están haciendo
 Con voces ora agudas, ora graves...
 Tú la verás, Boscán, y yo la veo
 Ella te cogerá con blanca mano
 Las raras uvas y la fruta cana,
 Dulces y frescos dones del verano.

De este suave color son varias de las epístolas de Mendoza, aunque en otras prefiere ostentar gracejo y desenfado, cuales de ver en la 6.ª, donde describe el origen y las costumbres de Venecia; al paso que en alguna, puramente erótica, se entrega á sutilezas y discreteos petrarquistas. En el resto de sus poesías la influencia de la antigüedad es visible donde quiera. Ovidio le inspiró la linda *Fábula de Adónis, Hipomenes y Atalanta*, la bien sentida elegía á la muerte de doña Marina de Aragon, y la metamorfosis de Anaxarete.

Para componer el himno al cardenal Espinosa, calentóse leyendo á Pindaro por largos dias, segun apuntan sus biógrafos. Ultimamente (y es lo que importa á nuestro propósito), hasta en una cancion *A la primavera*, escrita al modo italiano, puso reminiscencias del *Solvitur acris*. El traductor de Aristóteles é imitador de Salustio era un hombre de pleno Renacimiento. No ha olvidado la Europa sabia cuánto acrecentó D. Diego la erudicion helénica con la adquisicion de los preciosos códices que debió á la munificencia de Soliman el Magnifico.

No entraron en la coleccion poética de Mendoza publicada por Fray Juan Diaz Hidalgo varias sátiras y epístolas en tercetos dedicadas á celebrar las excelencias de *la cola*, de *la pulga*, de *la zanahoria*, *la vida del pícaro*, etc., escritas todas con buen donaire, pero con licencia sobrada. En lo que de estos versos; casi todos inéditos, conozco, nada *horaciano* se encuentra digno de particular recordacion. Cabe de todas suertes á Mendoza la gloria de haber intentado el primero escribir en verso castellano *epístolas morales* á imitacion del solitario tiburtino. Veremos luego cuán bien prendió esta semilla en el suelo castellano.

Imitóle por de pronto Juan Boscán, poeta barcelonés tan famoso como poco leído, aunque muy digno de serlo, y prosista de los más amenos, enérgicos y numerosos, en su áurea traduccion de *El Cortesano* (1). Una sola epístola al modo del favorito de Mecénas escribió Boscán, y esta para contestar á

(1) Pocos pasajes hay en lengua castellana que compitan con el razonamiento sobre *la hermosura y el amor* en el libro IV de *El Cortesano*.

Mendoza. Aféanla los mismos descuidos de metrificación y estilo que á las de éste, fáciles de perdonar en quienes fueron los primeros á abrir senda y mostrar camino, pero reune, esto no obstante, mérito sobrado para que se haga de ella mencion muy honrosa. Disertando largamente sobre el consabido tema de *Nil mirari*, y encareciendo las ventajas de la medianía, vierte Boscán sentencias morales que despues adoptó, hasta en la expresion con leves variantes, el capitan Fernandez de Andrada para su célebre *Epístola*:

Pero, señor, si á la virtud que fundo
 Llegar bien no podemos, á lo ménos
 Excusemos del mal lo más profundo.
 Yo no ando ya siguiendo á los mejores;
 Bástame alguna vez dar fruto alguno,
 En lo demás conténtome de flores:
 No quiero en la virtud ser importuno...
 La tierra está con llanos y con cumbres,
 Lo tolerable al tiempo acomodemos...
 Conviene en este mundo andar muy diestro,
 Templando con el miedo la esperanza,
 Y alargando con tiento el paso nuestro!
 No curo yo de hacer cavar mineros
 De venas de metal ni otras riquezas
 Para alcanzar gran suma de dineros...
 Quien quiera se demande y se desmida
 Buscando el oro puro y reluciente
 Y la concha del mar Indo venida.

¿Quién no ve el reflejo de estos versos de Boscán en estos otros de Andrada:

No porque así te escribo, hagas concepto
 De poner la virtud en ejercicio,
 Que aún esto fué difícil á Epicteto.
 Basta al que empieza aborrecer el vicio
 Y el ánimo enseñar á ser modesto...
 No sazona la fruta en un momento...
 Iguala con la vida el pensamiento...
 Triste de aquel que vive y se dilata
 Por cuantos son los climas y los mares...
 Perseguidor del oro y de la plata.

Bueno es ir notando estas coincidencias para que se vea el hilo de la tradicion entre nuestros epistológrafos horacianos.

Pero lo más digno de alabanza en la poesia de Boscán es que supo rejuvenecer con *impresiones propias* estas viejas moralidades, haciendo una des-

cripcion encantadora, aparte de alguna frase débil y prosaica, de la felicidad que al lado de su mujer disfrutaba, ya en la ciudad, ya en el campo. Hay en el largo trozo á que aludo tercetos tan agradables como estos, que conviene citar, ya que Boscán tiene reputacion, en parte merecida, de poeta duro y desaliñado:

Á dó corra algun rio nos iremos,
Y á la sombra de alguna verde haya,
Á dó estemos mejor nos sentaremos...

El rio correrá por dó es su vía,
Nosotros correremos por la nuestra
Sin pensar en la noche ni en el dia.

El ruiseñor nos cantará á la diestra,
Y vendrá sin el cuervo la paloma,
Haciendo en su venida alegre muestra.

Ternémos nuestros libros en las manos,
Y no se cansarán de andar contando
Los hechos celestiales y mundanos.

Virgilio á Eneas estará cantando,
Y Homero el corazon de Aquiles fiero,
Y el navegar de Ulises rodeando.

Propercio verná allí por compañero,
El qual dirá con dulces armonías
Del arte que á su Cintia amó primero.

Catulo acudirá por otras vías,
Llorando de su Lésbia los amores...

Este agradable concierto de bellezas naturales y de solaces literarios está animado por la llama del amor conyugal, á veces tan delicadamente expresado como en estos versos:

Su mano me dará dentro en mi mano,
Y acudirán deleites y blanduras
De un sano corazon en otro sano.

Y aquellos pensamientos míos tan vanos
Ella *los va borrando con el dedo*
Y escribe en su lugar otros más sanos.

Esta imágen es graciosísima, y los que ligeramente han aseverado que Boscán era poeta *muy mediano*, y que sólo á circunstancias fortuitas debió su fama, no habían leído de seguro esta epístola, ni el *Hero y Leandro*, ni las octavas rimas que imitó del Bembo.

Otras epístolas en tercetos escribió el vate catalán, pero son meros capítulos de amores á la manera italiana.

Al lado de Garcí-Lasso, Boscán, Mendoza y el desconocido D. Luis de Haro, figuran como miembros de la primera pléyade poética del siglo XVI Gutierre de Cetina y D. Hernando de Acuña. Entre las poesías del primero hay ocho epístolas (todas en tercetos, á excepcion de una en verso suelto), de

las cuales sólo dos han sido impresas. La primera está dedicada á D. Diego de Mendoza, y la segunda al príncipe de Áscoli. No tienen pretensiones horacianas, y se limitan á fáciles narraciones de sucesos de la corte y de la guerra, escritas con gracia y muy bien versificadas. En lo que tienen de sátiras, vése patente más la imitacion italiana que la latina. Hay algunos rasgos acerca de la corte que parecen haber inspirado á los Argensolas.

D. Hieronymo de Urrea, infeliz traductor del Ariosto, anduvo más afortunado en una epístola dirigida al mismo Gutierre de Cetina, que se lee en las obras de éste. No ofrece huellas horacianas.

Hernando de Acuña, ingenioso *poeta de sociedad*, como dirían los franceses, y buen traductor de Ovidio, sólo merece recuerdo aquí por haber hecho una parodia de *La Flor de Gnido*, zahiriendo al mismo Urrea por sus malos versos, y unas *Liras á Galatea*, en que hay frases discretas y felices y mucha fluidez de metrificación, mas no gran espíritu latino.

En resumen: este primer período de nuestra poesía clásica había creado la *Oda* y la *Epístola* horacianas, dando un modelo de la primera. La sátira no había aparecido aún con caracteres *latinos*: Bartolomé de Torres Naharro, Cristóbal de Castillejo son admirables satíricos, ricos de sales y de agudezas, pero no imitan á Horacio; siguen el impulso de su genio ó el de la sátira italiana. El desarrollar los gérmenes y completar la obra estaba reservado á la segunda generacion literaria del siglo de oro. La escuela salmantina debía perfeccionar la *Oda*; la escuela sevillana, la *Epístola*; la escuela aragonesa, la *Sátira*. Estudiemos este desarrollo en capítulos sucesivos.

II.

Nunca la inspiracion lírica entre nosotros subió á más alto punto que en la escuela salmantina, ni conoció poeta peninsular comparable á Fr. Luis de Leon en este género. Él realizó la union de la forma clásica y del espíritu nuevo, presentida mas no alcanzada por otros ingenios del Renacimiento. Sus dotes geniales eran grandes, su gusto purísimo, su erudicion variada y extensa. Éranle familiares en su original los sagrados libros, sentía y penetraba bien el espíritu de la poesía hebraica; y de la griega y latina poco ó nada se ocultó á sus lecturas é imitaciones. Aprendió de los antiguos la pureza y sobriedad de la frase, y aquel incomparable *ne quid nimis* tan poco frecuente en las literaturas modernas. Nutrió su espíritu con autores místicos, y de ellos tomó la alteza del pensamiento, en él unida á una serenidad, lucidez y suave calor á la continua dominantes en sus versos y en su prosa, no ménos artística que ellos, y semejante á la de Platon en

muchas cosas. Acudió á todas las fuentes del gusto, y adornó á la Musa castellana con los más preciados despojos de las divinidades extrañas. Y animó luego este fondo de imitaciones con un aliento propio y vigoroso, bastante á sacar de la inmovilidad lo que pudiera juzgarse forma muerta, encarnando en ella su vigorosa individualidad poética, ese elemento personal del artista que da unidad y carácter propio á su obra.

El desarrollo del genio lírico de Fr. Luis de Leon con los ensayos y tanteos preliminares pudiera ser estudiado, á lo que entiendo, dividido en períodos, del modo siguiente:

1.º Imitacion toscana. Es probable que comenzase nuestro agustino por aquí, dado el predominio de la escuela itálica entre nosotros. A esta época pertenecen algunas traducciones del Bembo y de Juan della Casa, una admirable cancion imitada del Petrarca, y algunos sonetos, de los cuales el que comienza:

Agora con la aurora se levanta...
es de las cosas más bellas y delicadas que hay en castellano, y rivaliza con el de Dante:

Tanto gentile e tanto onesta pare...
Aun como imitador de los toscanos, es Fr. Luis de Leon el primero de los líricos españoles.

2.º Traducciones de griegos y latinos. Período de indecision y de labor continua. Fr. Luis, no satisfecho con los modelos de Italia, traduce sucesivamente á Pindaro, Eurípides, Virgilio, Tibulo y Horacio. ¡Qué admirable escuela! Inclínase especialmente á las formas líricas, y puesto á escoger entre la de Pindaro y la de Horacio, opta por la segunda, como más sóbria y reconcentrada, más apta á la poesía moderna, y más en armonía con la índole de su ingenio y con los asuntos que se proponía tratar. Ejercitase á la vez en las combinaciones rítmicas, y decídese por la *lira* de Garci-Lasso como la más horaciana que hasta entónces poseía nuestra métrica.

3.º Traducciones de la poesía bíblica. Pudiera considerarse incluido en el anterior, pero conviene separarle porque en él se desarrolla otra fase del espíritu poético de Fr. Luis de Leon, dominado por el dualismo hebraico-clásico ya con tendencias á la armonía, manifiesta en la aplicacion del ritmo inventado por Garci-Lasso á la interpretacion de algunos salmos.

4.º Primeros ensayos originales. Fr. Luis de Leon imita *directamente* algunas odas de Horacio, entre ellas el *Vaticinio de Nereo*, trocado en *Profecía del Tajo*, y el *Beatus ille* en la oda *¡Qué descansada vida!* La segunda de estas imitaciones es muy superior á la primera, porque la anima el sen-

timiento vivo y personal del poeta. En ambas está maravillosamente trabajada la forma, lo cual ha contribuido á su fama, perjudicial tal vez á la de otras composiciones más características del poeta, aunque ménos correctas. Por primera vez se aplica en la *Profecía* el estilo clásico á asuntos históricos nacionales. A la oda *erótica* horaciana introducida por Garci-Lasso, sucede la *filosófica y moral*, nunca afeada en Fr. Luis con rastros de epicurismo. Una vez sola, en el período de *educacion* poética ántes indicado, pagó tributo el teólogo salmantino á la moral pagana. Refiérome á la lindísima *Imitacion de diversos*, notable asimismo por estar en una forma métrica predilecta de los poetas palacianos del siglo XV y casi desterrada entre los eruditos del XVI.

Son varias las odas *morales* de Fr. Luis que pertenecen á este período de imitacion horaciana directa. Señalaremos entre las ménos citadas, aunque muy dignas de serlo, la que comienza:

Virtud, hija del cielo,
La más ilustre empresa de la vida...

donde hay reminiscencias del *Justum et tenacem*, verbigracia:

Tú dende la hoguera
Al cielo levantaste al fuerte Alcides...

que recuerda inmediatamente él:

Hac arte Pollux, hac vagus Hercules...

Imitacion felicísima del *Nullus argento* es la oda sobre *la avaricia*, enderezada á Felipe Ruiz:

En vano el mar fatiga
La vela portuguesa, que ni el seno
De Persia, ni la amiga
Maluca da árbol bueno.
Que pueda hacer un ánimo sereno...

Obsérvese cuán hábilmente sabe remozar Leon con recuerdos contemporáneos las máximas de la sabiduría antigua. Otras veces pone una imagen donde en el original había una sentencia, ó se apodera de la sentencia, deja la imagen empleada por su modelo, y sustituye otra. Por ejemplo, en la oda *del moderado y constante* expuso la idea del *Justum et tenacem* por medio del símil de la *nudosa carasca, en alto risco desmochada*. En estas odas hay materia de inagotable estudio. El procedimiento lírico se aprende, si aprenderse puede, mejor que en ningun tratado de estética. Siempre aparecen claras las semejanzas y las diferencias entre Horacio y

Leon. Toma el segundo la descripción del invierno en el *Vides ut altā stet nive candidum*, la repite con circunstancias nuevas en la oda á *Juan de Grial*, y termina con exhortaciones no al placer, sino á los *estudios nobles*, y con una leve alusión á sus desgracias personales, la cual basta para dar carácter *subjetivo* á la poesía, ni más ni menos de lo conveniente.

En este período hay todavía algo de inseguro y vacilante en los pasos del poeta, más siempre acierta á poner vida propia en lo que imita. La oda *Á todos los santos*, con ser remedo á veces muy cercano del *Quem virum aut heroa*, está llena de entusiasmo religioso, sin que lo singular de su estructura dañe ni empezca al efecto total ni al de los pormenores.

A esta época debe pertenecer también la oda *Á Santiago*, más incorrecta pero no menos inspirada que la *Profecía del Tajo*. Debió ser uno de los primeros ensayos originales del poeta, pues ni la expresión es tan concentrada, ni el vuelo lírico tan rápido, ni las reminiscencias clásicas están bien fundidas con el tono general de la obra, habiendo alguna incongruencia, como la de impeler las Nereidas el bajel que conduce el cuerpo del Apóstol. Fuera de este caso, es admirable en los versos de Fr. Luis de Leon el arte de entremezclar y fundir lo viejo con lo nuevo, lo ajeno con lo propio. Tal acontece en la oda *Á Cherinto*, en que está bien traducido y destrisimamente intercalado el canto de las sirenas en la Odisea.

5.º Período de completo desarrollo. Imitación sumamente libre y sólo de las condiciones externas. La poesía de Fr. Luis de Leon toma un carácter del todo místico, aunque conserva la forma clásica. De Horacio guarda siempre la condensación del pensamiento en breves frases, el arte exquisito de las transiciones y el de enlazar los episodios; pero el estro lírico del maestro Leon, iluminado por la fe y el amor, vuela á alturas nunca alcanzadas por el romano. No basta el estrecho molde de la oda *moral* para contener las inspiraciones del sabio agustino, ni basta el de la oda *heróica*, ni aún el de la poesía *ascética* ensayada en *La vida religiosa*, perteneciente sin duda al período anterior. En este ha llegado á su madurez el ingenio, y no se detiene sino en el misticismo. Partiendo del sentimiento de la naturaleza en la oda *Á Felipe Ruiz*, del sentimiento del arte en la oda *Á Salinas* (1), obsérvase donde quiera la elevación del alma hácia Dios, manifiesta asimismo en *La noche serena*, en *El apartamiento*, en la hermosa alegoría *Alma region luciente* y en las aladas estrofas á *La Ascension*. Es-

tas seis composiciones son las más bellas de su autor y de la poesía española. Nada hay superior, como no sean las canciones místicas de Fr. Juan de la Cruz, que no parecen ya entonadas por hombres, sino por ángeles (1).

Nada citaré de Fr. Luis de Leon. El que no le sepa de memoria, apréndale y medítele de continuo, que cada día hallará nuevas ocasiones de deleite y de asombro,

Intender non la puó chi non la prova.

El profesor de Salamanca entendió como nadie lo que debía ser la poesía moderna. Espiritu cristiano, y forma de Horacio, la más perfecta de las formas líricas.

Unidas á las poesías auténticas de Leon corren otras muchas, apreciables casi todas, pero de origen más oscuro y controvertible. El separarlas y discernirlas pudiera dar motivo á un trabajo crítico especial, todavía no hecho, y que tal vez emprendamos algún día. Ahora baste dejar asentado que si no son de Fr. Luis, pertenecen á discípulos é imitadores suyos, es decir, á la escuela poética salmantina. Muchas de estas odas son *horacianas*, por lo ménos en la forma, y á veces imitan directamente las del ilustre autor de *Los nombres de Cristo*. Hay, por ejemplo, una paráfrasis, de sobra larga y desleída, de *La noche serena* y de *La vida descansada*, la cual comienza así, según el texto publicado por el P. Merino:

Quando la noche oscura
Romper quiere su velo tenebroso
Y triste vestidura,
Que afea el cielo hermoso
Y envuelve su belleza y sér gracioso...

El ignorado autor de esta oda carecía de nervio en el decir y de toda originalidad en el pensamiento, pero á veces remeda bien el tono del gran maestro. Citaré algunas estrofas, ya que nadie ha parado mientes en ellas:

En una fría peña
Vereis una gran vena y abertura,
Por donde se despeña
El agua ya más pura
Para mostrar del todo su hermosura.

Al son de su ruido
Alrededor las aves se embebecen,
Deléytase el oído,

(1) Admirable paráfrasis de la doctrina estética de Platon. (Milá y Fontanals.)

(1) Hay de Fr. Luis de Leon una canción petrarquesca *A Nuestra Señora*, que es de lo más hermoso que puede leerse. Fué compuesta durante su prisión.

Los ojos se adormecen
Que de velar cansados desfallecen.

.....
El frescor de esta fuente
El fuego de la siesta está templando,
Hasta que del Oriente
El sol se va alejando,
Las sombras paso á paso acrecentando.

.....
Esferas celestiales
Que con primor divino estais labradas
De luces eternas
En órden esmaltadas,
Y de dorados clavos tachonadas.

.....
¡Oh ayres sosegados
Ya libres de las voces y ruidos
Al cielo encaminados,
Del corazon salidos,
Llevad con vuestras ondas mis gemidos!

Lleguen á la presencia
Del uno entre millares escogido:
Lamentando su ausencia,
En tierra del olvido
Queda mi corazon de amor herido.

Del mismo autor deben ser unas liras *A la Magdalena*, trovando á lo divino la *Flor de Gnido*, y en especial el episodio de Anaxarete.

Me parece descubrir el estilo de Arias Montano en otras liras *A la hermosura exterior de nuestra señora*, que se leen á continuacion de esas en la edicion del P. Merino. Posible es que el anónimo imitador de Fr. Luis y de Garci-Lasso se propusiese reproducir asimismo el regalado y sabroso estilo del grande hebraista en su paráfrasis castellana de los *Cantares*, pero fuerza sería entonces confesar que lo alcanzó de tal manera, que no hay medio de distinguir los versos del imitador de los de su modelo. Esto, y el tropezar con algunos finales agudos, defecto de Arias Montano y no de Fr. Luis ni de su imitador, pudieran inducir á la creencia de que realmente pertenece esa oda al solitario de la Peña de Aracena.

Mas del anónimo es sin duda una imitacion, ó más bien *rifacimento* del *Cuán bienaventurado* de Garci-Lasso, así encabezada:

¡Oh quán dichoso estado,
Y quán dulces riquezas
Son las que el labrador rústico tiene...

En otras poesías se reconoce diversa mano, y casi nunca es fácil conjeturar á quién deban atribuirse. Quizá algunas sean de Fr. Basilio Ponce de Leon, de D. Juan de Almeida, de D. Alonso de Espi-

nosa. Estos dos últimos ingenios quedan recordados en el capítulo de los traductores. Ni de ellos, ni del Brocense, muy horaciano en sus poesías latinas, conozco líricas originales en lengua castellana, dignas de particular memoria.

Hablemos, pues, del bachiller Francisco de la Torre, segundo en mérito entre los poetas salmantinos, á cuya escuela y no á la sevillana legítimamente pertenece. También el cantor de *La tórtola* y de *La cierva* fué alguna vez horaciano, aunque de temple diverso al de Fr. Luis de Leon, *Facies non omnibus una, nec diversa tamen, quales decet esse sororum*. Blando y amoroso siempre, modelo de gusto y delicadeza, amamantado en los ejemplares clásicos, no se ciñó servilmente á la imitacion petrarquista, sino que hizo hasta diez odas horacianas, colocándose muy cerca del gran cantor del Tórmes, y añadiendo nuevos primores á las combinaciones rítmicas. Comenzó imitando en género y estilo la *Flor de Gnido* en la oda:

Mira Fílis, furiosa...

áun más clásica que su modelo, como más breve y animada.

En la oda

Viste, Fílis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo...

fué más directamente horaciano, más igual y correcto en el estilo, y supo intercalar en una oda erótica oportunos recuerdos del *Rectius vives, Licini*.

Aun es preferible, como dechado del género, la primera del libro II,

Sale de la sagrada
Cipro la soberana ninfa Flora...

Estas tres composiciones son las únicas en que Francisco de la Torre usó la *lira* de Garci-Lasso. Parecióle sin duda combinacion demasiado artificiosa y buscó otra más sencilla y más ligera para cantar de esta suerte la salida de la Aurora:

Rompe del seno del dorado Atlante
La vestidura negra,
De la noche la Aurora rutilante,
Que cielo y mundo alegra.

.....
Las casi ya marchitas bellas flores
Del plateado yelo,
Heridas de tus vivos resplandores
Miran derecho al cielo.

Salve, divina y sacrosanta Aurora,
Gloria del sér humano,
De la color del día, á quien adora
El coro soberano.

.....
Tres y más veces salve la rosada
Madre de Menon fuerte,
Salve la soberana y transformada
Menonia por la muerte.

Nunca habían volado de esta suerte las estrofas castellanas. Francisco de la Torre se iba acercando cada día más á Horacio. No hubiera desdeñado el Venusino estos versos en que su imitador celebraba la edad de oro (Oda 3.ª del libro II.):

¡Oh tres y quatro veces venturosa
Aquella edad dorada,
Que de sencilla, pura y no envidiosa
Vino á ser envidiada...

.....
La madre universal de lo criado
No era madrastra dura,
Como despues que Enzélado abrasado
Cayó en la gruta oscura.
El pino envejecido en la montaña,
El haya honor del soto,
Nunca nacieron á turbar la saña
Del alterado Noto.
Salve sagrada edad, salve, dichoso
Tiempo no conocido...
Si la beldad idolatrada que amo
Como yo conocieras,
La Arabia sacra en flor, en humo y ramo
Ardiendo le ofrecieras.

No se satisfizo el bachiller de la Torre con sus cuartefos; quiso llegarse á la métrica clásica y destruir la rima. Cuatro odas compuso en el ritmo á que ha ligado su nombre. De una de ellas, la que comienza *Tirsis, ah Tirsis*, va hecha mencion en el capítulo de los traductores. Las otras tres no han sido tan celebradas, aunque lo merecen. En la dirigida *A las estrellas*, son notables las estrofas siguientes:

¡Cuántas veces me vistes y me vido
Llorando Cintia, en mi cuidado, el tibio
Yelo con que adoraba su belleza

Aquel pastor dormido!
¡Cuántas veces me halló la clara Aurora
Espíritu doliente, que anda errando
Por solitarios y desiertos valles
Llorando mi ventura!
¡Cuántas veces mirándome tan triste
La piedad de mi dolor la hizo

Verter amargas y piadosas lágrimas
Con que adornó las flores!
Vos, estrellas, también me visteis solo,
Fiel compañero del silencio vuestro,
Andar por la callada noche, lleno
De sospechosos males.
Vi la Circe cruel que me persigue,
De las hojas y flor de mi esperanza,
Antes de tiempo y sin sazón cortadas,
Hacer encantos duros.
¡Ay, déjenme los cielos, que la gloria,
Que por fortuna y por su mano viese,
No será deseada eternamente
De un afligido espíritu!

Las otras dos pertenecen al género *moral*, y una de ellas es imitación directa del *Æquam memento*, pieza favorita de nuestros clásicos, sobre todo de los de la escuela salmantina:

Amintas, ni del grave mal que pasas
Dejes vencerte, ni volviendo el rostro
A tu fortuna, te acobardes tanto
Que sienta tu flaqueza...

Llegó Francisco de la Torre á hacer una oda en *eptasílabos* sueltos, ensayo curioso, tejido todo de pensamientos de Horacio:

Alexis, ¿qué contraria
Influencia del cielo
Persigue nuestros ánimos
En las cosas del mundo?
Ninguno con la suerte
Que le previno el hado,
Dichosa ó miserable,
Alegremente vive.
El navegante, cuando
Turbado cielo ruega
Con lágrimas y votos
Su ventura maldice.

.....
A mí que el campo habito
Me tienes por dichoso;
Hoy para mí no hay cosa
En los hados más triste, etc.

Repitió esta tentativa, y con más felicidad, en otra odita, de la cual extractó estos versos:

Amor en su saeta
Puso yerba dañosa;
Tiróla por los ojos,
Dejó en el alma el hierro,
Fué la yerba prendiendo
Por las entrañas propias...

Tal ando como aquella
 Cierva desamparada
 A quien montero duro
 Clavó de parte á parte.
 Ella saltá ligera,
 Huyendo al valle, donde
 Le vino el mal, y lleva
 En el costado el dardo.

Algunos de estos versos están bien hechos, pero no han tenido imitadores, quizá porque el eptasílabo es demasiado breve para correr suelto.

Al lado de este poeta encantador debe figurar su amigo Francisco de Figueroa, de quien sólo una poesía en rigor horaciana, la *Cuitada navecilla*, y esta ya recordada en los traductores, tenemos.

Mencionaré sin embargo, aunque de pasada, sus lirás *A Diana y Endimion*, que, aparte de lo clásico del asunto, pertenece por la forma á la escuela de Garci-Lasso, Leon y Francisco de la Torre.

III.

Quizá antes de las innovaciones de Francisco de la Torre habíase introducido en nuestra métrica una combinacion que hizo adelantar sobremanera á la poesía horaciana. Refiérome á la estrofa sáfico-adónica, bastante más antigua en castellano de lo que generalmente se supone. Quien intentó primero naturalizar en España el metro de Lésbos fué, á lo que juzgo, el sabio arzobispo de Tarragona Antonio Agustin. En el tomo VII de sus *obras* (ed. de Luca, 1772) puede leerse una carta á su amigo Diego de Rojas, fecha en Bolonia, 1540, y en ella estas palabras: *Mitto ad te quedam epigrammata novi cujusdam generis*. Los versos de nuevo género á que el futuro arzobispo se refiere son unos sáficos que comienzan así:

Júpiter torna, como suele, rico,
 Cuerno derrama Jové copioso,
 Ya que bien puede el pegaséo monte
 Verse y la cumbre.
 Antes ninguno, sabio poeta
 Pudo ver tanto que la senda corta
 Viese que á Griegos la subida siempre
 Fuera y latinos.
 Vemos que Ennio, Livio y Catulo,
 Píndaro, Orfeo, Sófocles, Homero,
 Virgilio, Horacio y con Nason Lucano
 Esta seguían...

Hizo estos ensayos Antonio Agustin á imitacion de Claudio Yolomei, que había intentado lo mismo en Italia. Fáltanme datos para decidir si el ejemplo del arzobispo influyó por entónces en España. Mas sí sabemos que el Brocense, quizá sin noticia de las

tareas juveniles del inmortal canonista aragonés, usó, y no sin destreza, el sáfico en su traduccion del *Rectius vives*, y que en 1577 aparecieron impresas las dos tragedias *Nise lastimosa* y *Nise laureada*, de Fray Jerónimo Bermudez, dominico gallego y catedrático de Teología en Salamanca, quien juzgó oportuno disfrazarse con el nombre de Antonio de Silva. Nada diré sobre la cuestion de originalidad de estas dos piezas, puesto que hemos de tocarla al hablar de Antonio Ferreira. Ahora baste advertir que los coros de estas tragedias pertenecen legitimamente á la poesía horaciana, y que tres de ellos están en sáficos-adónicos. El mejor hállase al fin del acto segundo de la *Nise lastimosa*; es una oda *moral* del género de Horacio, y tiene estrofas tan ricas de pensamiento y tan afortunadas en la expresion, como estas, en que imita el *Regum timendorum in proprios greges*:

Principes, reyes y monarcas sumos,
 Sobre nosotros vuestros piés tenéis,
 Sobre vosotros la cruel Fortuna
 Tiene los suyos.
 Sopla en los altos montes más el viento,
 Los más crecidos árboles derriba,
 Rompe tambien las más hinchadas velas
 La tramontana.
 Pompas y vientos, títulos y honores
 No dan descanso más, ni más dulzura,
 Antes más cansan, y más sueño quitan
 Al que los ama.
 Como sosiegan en el mar las ondas,
 Así sosiegan estos pechos llenos,
 Nunca quiéto, nunca satisfechos,
 Nunca seguros.

Véase el trozo correspondiente en la *Castro de Ferreira*:

Reys poderosos, Principes, Monarchas
 Sobre nos poudes vorsos pés, pissay-nos,
 Mas sobre vós está sempre á Fortuna,
 Nos livres della.
 Nos altos muros soam mais os ventos,
 As mais crecidas arvores derribam,
 As mais inchadas vellas no mar rompen,
 Caen móres torres.
 Pompas e ventos, títulos inchados
 Nao dao descanso, nem mais doce sono,
 Antes mais cansan, antes em mais medo
 Poem, e perigo.
 Como se volvem no grao mar as ondas,
 Assim se volvem estes peitos cheos,
 E nunca fartos, nunca satisfeitos,
 Nunca seguros.

En la primera estrofa queda inferior el magistra-
do portugués.

El coro del acto tercero es otra oda moral por el
estilo, y tiene no menos carácter horaciano y be-
llezas no menores, aunque no ha sido tan citado.
La rapidez lírica se une á un tono grave, solemne y
sentencioso:

Corre más que ellos el ligero tiempo,

Ni valen fuerzas, ni belleza vale.

Todo deshace, todo huella y pisa,

Nadie le fuerza.

Como tirano fiero va cortando

Vidas á mozos, lástimas á viejos:

Sola la fuerza de virtudes clara

Puede vencelle.

Ésta le vence, su valor es mucho:

Ésta, al eterno espíritu siguiendo,

Vive riéndose de la fortuna

Y de la muerte.

Ferreira dice:

Igual á todos, igualmente toge,

Não valem forças, nao val gentileza.

Per tudo passa, tudo calca e pissa,

Ninguem o força.

Com sua fouce, cruel vay cortando

Vidas á moços, trabalhos á velhos,

Só boa fama, só virtude casta

Pode mais que elle.

Esta se salva sómente em si mesma,

Esta o espirito segue, sempre vive,

Esta seguindo, venceras o tempo,

Rir-te has da morte.

Aquí, como en casi todo lo demas, una de las
tragedias es traduccion literal de la otra. El mayor
aliño del texto de Bermudez parece la más fuerte
sospecha contra la originalidad de su *Nise*.

Donde anduvo infeliz el fraile gallego fué en el
primero de los coros del primer acto, tan animado
y lírico en la tragedia portuguesa. Por el contrario,
el segundo coro, que no está en Ferreira, rebosa de
espíritu clásico, y por la forma es una lindísima
anacreónica:

Tambien el mar sagrado

Se abrasa en este fuego;

Tambien allá Neptuno

Por Menalipe anduvo

Y por Medusa ardiendo.

Tambien las Ninfas suelen

En el húmido abismo

De sus cristales frios

Arder en estas llamas:

Tambien las voladoras

Y las músicas aves,

Y aquella sobre todas

De Júpiter amiga...

¿Qué cosa hay en el mundo

Que del amor se libre?

Antes el mundo todo

Visible, y que no vemos,

No es otra cosa en suma

Que un espíritu inmenso,

Una dulce armonía,

Un fuerte y ciego nudo,

Una suave liga

De amor, con que las cosas

Están trabadas todas.

Amor puro las cria,

Amor puro las guarda,

En puro amor respiran,

En puro amor acaban... (1)

Obsérvese la facilidad y fluidez de esos *eptasíla-
bos* sueltos al modo de los de Francisco de la Torre.
En el mismo metro están otros dos coros de la *Nise
lastimosa* y uno de la *Laureada*.

Esta segunda tragedia, cuya paternidad nadie
disputa á Bermudez, es, como pieza dramática, un
absurdo; mas no carece de trozos poéticos estima-
bles, sobre todo en los coros. Limitándome á lo
más lírico y horaciano, mencionaré, aparte de un
epitalamio en sáficos-adónicos inferior cuanto cabe
á las bellas odas de la *Nise lastimosa*, un coro en
versos *adónicos*, ó sea *pentasílabos* sueltos, ensayo
rarísimo, que comienza así:

¡Oh corazones

Más que de tigres!

¡Oh manos crudas

Más que de fieras!

¿Cómo pudistes

Tan inocente,

Tan apurada

Sangre verter?

¡Ay, que su grito,

¡Oh Lusitania,

¡Oh patria mia.

Desde la tierra

Rompe los cielos,

Rompe las nubes,

Rompe los aires,

Trae con llamas

Del zelo vivo,

Trae los rayos

Del vivo fuego

Que purifica

Toda la tierra,

Contaminada

De la crueza

Que cometiste...

Y baste por ahora acerca de las *Nises*. Quizá no
fuera difícil hallar otras muestras de sáficos-adóni-
cos anteriores á los de Baltasar de Alcázar y Ville-
gas. Rengifo cita dos odas compuestas en ese metro
con motivo de la traslación á Alcalá de las cenizas
de San Eugenio. Pero á nuestro propósito baste

(1) *Parnaso Español*, tomo VI, pág. 23.

dejar señalada la época probable del renacimiento de la forma *edílica*, una de las favoritas de Horacio, y digna, por tanto, de ser recordada en la historia de sus imitadores. Además, antójasenos que los primeros poetas que en Castilla la usaron, con ser helenistas egregios (por lo ménos A. Agustín y el Brocense), debieron tomarla del Venusino, y no directamente de Safo, ni de Erina; observacion aplicable, todavía con mayor seguridad, á los coros de Jerónimo Bermudez y á los de Antonio Ferreira.

En estos primeros ensayos nótanse muchos versos mal acentuados, *sáfcos* sólo en cuanto son endecasílabos y tienen esa similitud con el verso latino del mismo nombre, pero impropriamente *sáfcos* para nuestros oídos, por faltarles el *ictus* en cuarta y octava. El fijar esta ley quedaba reservado á Villegas.

M. MENENDEZ PELAYO.

(Continuará.)

TEORÍA DE LA VISION.

(Conclusion.)

Preciso es renunciar desde luego á la concepcion llena de poesía, segun la cual el ciego, en el momento en que se abren sus ojos, se encuentra inmediatamente en presencia del espectáculo espléndido, y para él nuevo, de la tierra y del cielo. Esto lo contradicen todas las observaciones. Para comprender el sentido y el alcance de estas observaciones, es necesario distinguir con cuidado dos hechos psíquicos confundidos algunas veces con daño grave de una ciencia exacta: la sensacion y la percepcion. Con motivo de las acciones ejercidas sobre nuestro organismo por los agentes exteriores, ya por la materia de los cuerpos ordinarios, ya por los gases que componen la atmósfera, ya por el fluido etéreo en cuyas andulaciones admitimos que existe la parte objetiva del calor y de la luz, se produce en el cuerpo propio un fenómeno aún no determinado, pero que la ciencia moderna se inclina á considerar como un *sacudimiento* de las extremidades nerviosas transmitido al encéfalo. Es el hecho que se puede designar bajo el nombre de *impresion orgánica*. A esta impresion responden, cuando los órganos están en su estado normal, dos hechos de conciencia íntimamente unidos, pero absolutamente distintos: uno es un modo puro de la sensibilidad, la sensacion; el otro es un elemento de conocimiento que supone una funcion intelectual: la percepcion.

Las sensaciones van acompañadas de dolor ó de placer; pero contienen además un elemento especí-

fico. A igual grado de placer ó de disgusto, un sabor y un olor permanecen perfectamente distintos. La sensacion supone el sujeto modificado y la causa ú objeto de su modificacion; la creencia en una causa exterior al *yo* va comprendida en la sensacion. Además toda sensacion se halla localizada, de un modo distinto, si procede de una parte del cuerpo propio movable, á voluntad; de un modo vago, en tanto que se atribuye al cuerpo propio, si procede de órganos sobre los cuales no ejerce la voluntad imperio alguno: y más generalmente, todo acto psíquico es inseparable de un conocimiento más ó ménos distinto del cuerpo propio que el sér consciente distingue del sujeto mismo de su conciencia sin separarlo jamás de él. Allí hay una dualidad irreductible y fundamental, de que en vano trata de desprenderse el espíritu de sistema. El pensamiento puro de Descartes que se separa absolutamente de todo sentimiento del cuerpo, y la estatua de Condillac que se convierte en sus sensaciones, son dos concepciones igualmente contrarias á una psicología de verdadera atencion; y los resultados de esta psicología que podemos llamar atenta, se hallan, bajo este punto de vista, en perfecta concordancia con los de una fisiología seria. Pero si la sensacion supone la distincion del sujeto y de sus modos y la conciencia de una localizacion orgánica, no contiene ningun elemento de representacion ó de imágen que constituya una objetividad distinta. Llamar imágen la huella de una sensacion propiamente dicha, sería una falta de lenguaje que produciría un error de psicología. El sér que siente no tiene otro conocimiento directo, mientras siente, que el de una modificacion sufrida en su existencia, invisiblemente corpórea y espiritual, en la unidad de su conciencia.

La percepcion es un elemento de conocimiento objetivo, es un acto cuyo resultado es una imágen. Se produce con motivo de la impresion orgánica al mismo tiempo que la sensacion de la cual se distingue. El conocimiento obtenido es real si el objeto representado existe realmente. Si se produce una modificacion espontánea del organismo, idéntica á la ocasionada normalmente por un agente exterior, hay alucinacion, porque el espíritu refiere á un objeto extraño un fenómeno que se ha producido en el cuerpo propio. M. Taine define la percepcion en dos términos: «Una alucinacion verdadera.» Este modo de hablar tiene algunos inconvenientes, porque es preciso comprender que la alucinacion verdadera de la fórmula propuesta es precisamente lo contrario de lo que comunmente llamamos una verdadera alucinacion; pero la paradoja, por razon de su misma vivacidad, es un procedimiento nemotécnico excelente para recordar que la condicion de todo conocimiento del mundo exterior, es una im-

* Véase el número anterior, pág. 16.

presion orgánica que puede resultar en ciertos casos de una modificación espontánea del cuerpo propio.

¿Cómo pueden distinguirse las percepciones verdaderas de las percepciones falsas, que son las verdaderas alucinaciones? ¿Se trata de las alucinaciones de la vista? Podrán ser rectificadas por el tacto, si el fantasma se presenta en un punto adonde podamos trasladarnos. En los demás casos la alucinación sólo puede dominarse si el enfermo conserva el uso de la razón por la confianza que presta al testimonio de sus semejantes. En efecto, lo que llamamos la realidad de un objeto que percibimos, consiste en que es objeto de una percepción colectiva y común, al paso que la alucinación tiene un carácter individual. Existe un cuerpo donde todos, y no sólo los alucinados, ven formas y colores, y experimentan una resistencia; fuera de esto, no sabemos nada. La comprobación de nuestras impresiones individuales se encuentra en las impresiones comunes, y sólo puede encontrarse allí. La alucinación que se produce en un estado mental, sano en todo lo demás, puede corregirse por un acto de fe en la palabra de otro. Sin la posibilidad de este acto de fe, que la locura tiende á destruir, el individuo queda entregado sin defensa á sus impresiones enfermas, y toda alucinación se convierte en un desorden mental irremediable.

La percepción y la sensación son dos hechos de conciencia absolutamente irreductibles, como lo son de una manera más general los fenómenos de la sensibilidad y los del conocimiento. En las impresiones orgánicas se encuentra su unidad de origen; pero esta unidad de origen no quita nada de la diversidad de su naturaleza. Lo que prueba con evidencia esta diversidad es que, partiendo de cierto grado de impresión orgánica, la viveza de la impresión y la claridad de la percepción se hallan en razón inversa una de otra. Para ver los objetos necesitamos cierto grado de luz; pero á partir de este grado de luz, el más favorable para la percepción, si aumenta aquel produce una sensación demasiado viva, que se traduce en deslumbramiento y turba la visión distinta de los objetos, y aumentando aún más, puede llegar á tal punto, que la destruya. La luz, en cierto grado de intensidad, produce el mismo efecto que las tinieblas.

Después de estas consideraciones generales, volvamos al estudio de los hechos. Viendo ya *Noé M.* obraba en un principio como si aún estuviese ciego: en los primeros momentos experimentó, al parecer, sensaciones confusas y no percibía nada. Admitamos por ahora que suceda lo mismo en todos los casos. Es necesaria una educación de la vista para que el ser consciente pase de la sensación á la percepción. Se dice comunmente que esta educación se verifica por el intermedio

del tacto. El ciego tenía por el tacto la noción de la forma, y aprende á traducir sus sensaciones visuales en percepciones por un juicio primero reflexivo, y que, repitiéndose, acaba, con arreglo á las leyes del hábito, por hacerse espontáneo. Esta opinión es ya antigua, porque Biderot escribe en su *Carta sobre los ciegos*: «Abrid la dióptrica de Descartes y vereis en ella los fenómenos de la visión referidos á los del tacto.» Esto es cierto, pero insuficiente: me parece que aquí hay que distinguir tres casos.

1.º *A priori* es muy verosímil que los ciegos que recobran la vista experimenten al principio un efecto de deslumbramiento. Este efecto desaparece de dos maneras: por la contracción de la pupila que disminuye la cantidad de los rayos luminosos que llegan á la retina, y por la costumbre del nervio óptico, al cual debe aplicarse la ley general, que nos enseña que todas las impresiones pierden en su vivacidad con la repetición. La contracción de la pupila es un hecho instantáneo; pero la costumbre del nervio no lo es, y puede admitirse como muy verosímil que el ciego de nacimiento curado está sujeto á un deslumbramiento prolongado que perturba por algun tiempo el uso de sus facultades visuales. Las observaciones hechas confirman estas previsiones teóricas. El relato de Cheselden nos manifiesta que su joven operado soportaba difícilmente la luz en la época que siguió inmediatamente á su curación. La operada por Wardrop, cuando la preguntaban por sus impresiones respondió más de una vez: «Estoy completamente atontada.» Fórmula con que designaba probablemente la naturaleza confusa de sus impresiones. Fácil es, por lo demás, comprobar la acción directa y exclusiva del hábito del nervio óptico en los progresos de la visión. Los ciegos curables, como hemos visto al principio, siempre tienen alguna sensación vaga de la luz, y en ciertos casos llegan hasta distinguir algunos colores. *Noé M.*, antes de la operación, podía distinguir el rojo, el amarillo y el azul, si le presentaban cerca del ojo objetos de estos diferentes colores vivamente iluminados. El operado por Cheselden, antes de la operación podía distinguir también, en iguales circunstancias, el blanco, el negro y el rojo. La curación provoca un progreso triple en la vista de los colores; permite distinguir mayor número de ellos, verlos á distancia, y con una luz menos intensa. ¿De dónde procede este progreso? Aquí ya no puede atribuirse á la intervención del tacto, ni á ninguna operación intelectual especial. La sensación de los colores es la función propia del órgano de la visión, y los progresos hechos bajo el punto de vista de la distinción de las diversas especies de esta sensación, subsiguientes á una operación feliz, sólo pueden explicarse por el hábito que hace des-

aparecer el deslumbramiento, y por el ejercicio de la atención.

2.º Los músculos motores del ojo no tienen uso alguno en la ceguera absoluta; en las cegueras susceptibles de curación sólo pueden emplearse, á lo sumo, en comprobar la dirección de un foco luminoso intenso. El ciego que recobra la vista tiene, pues, que aprender el manejo de los músculos motores del ojo. La operada de Wardrop experimentaba dificultad en fijar su mirada; volvía sus ojos en diferentes sentidos; á veces se la veía también mover su cabeza para dar á su mirada una dirección conveniente. Aquí encontramos, no la intervención del tacto y la traducción de las impresiones de un sentido en las de otro, sino la apropiación directa del órgano á su función por el movimiento del mismo órgano. ¿La percepción de las formas planas exige un movimiento de la vista que se disimula á nuestra conciencia por efecto del hábito? Parece que sí. Todos pueden comprobar que existe la conciencia de semejante movimiento cuando queremos ver la forma de un objeto voluminoso; y es verosímil se produzca el mismo movimiento, aunque desapercibido, cuando se trata de objetos de menores dimensiones. «Paseamos continuamente nuestra mirada, dice Helmholtz, á lo largo de los contornos de los objetos (1)». Si es así, puede admitirse que el ojo percibe naturalmente las formas planas, sin percibir las primitivamente, puesto que esta percepción supone la apropiación del órgano á su función. Esta apreciación difiere esencialmente de la educación de un sentido por medio de las impresiones de otro sentido y de la intervención de actos intelectuales. Sería preciso decir que el ojo posee virtualmente la percepción de las formas planas, aun cuando un ciego de nacimiento no la tenga actualmente en el momento de su curación. Esta distinción entre lo que es primitivo y lo que es natural, entre lo que es actual y lo que es virtual, es de gran importancia; y muchos errores graves toman su origen en el descuido de no tener en cuenta esta distinción. Lo que es natural, sin ser primitivo en la función de un sentido, es todo lo que este sentido puede obtener respecto al ejercicio de sus funciones por su solo desarrollo. Las percepciones que son *naturales*, sin ser *primitivas*, quedan de este modo distintas de las percepciones *adquiridas*; estas no resultan del ejercicio del sentido entregado á sus propios recursos, sino que reclaman necesariamente la intervención de elementos extraños.

El juicio del relieve por la vista es incontestablemente una percepción adquirida; por consiguiente, es origen de una multitud de ilusiones que no se presentan en las percepciones de las formas planas.

(1) *Óptica fisiológica*, pág. 1.008.

La observación de *Noé M.* establece positivamente, al parecer, que la visión de las formas planas no fué inmediata en él; pero no determina que esta visión no sea natural del órgano, bajo la condición de su ejercicio.

Si es así, la vista suministra no sólo sensaciones, sino también percepciones. Una superficie y formas en esta superficie no constituyen la idea del cuerpo que supone las tres dimensiones, pero constituyen, no obstante, un conocimiento objetivo, lo que no se verifica en las funciones del gusto y del olfato. Es preciso notar bien que, en efecto, la sensación de los colores es inseparable de la vista de una superficie coloreada, mientras que las funciones del olfato y del gusto no suponen ningún conocimiento de una superficie sávida ú odorífera. El olor y el sabor se hallan localizados en el cuerpo propio; pero el conocimiento de las superficies internas de los órganos afectados por los olores ó los sabores difiere profundamente de la localización de las sensaciones visuales en una superficie coloreada externa. Los daltonianos ven los colores de distinto modo que los demás, pero no perciben de otro modo las superficies. La distinción entre el elemento de percepción y el elemento de sensación es fácil de comprobar aquí. La fisiología confirma este modo de ver, porque se establece experimentalmente que el ojo no puede reconocer el color sino cuando éste recubre un campo de cierta extensión (1).

Si el ojo percibe naturalmente las formas en una superficie plana, percibe también naturalmente el movimiento de traslación sobre esa misma superficie. Esto no es decir que sólo la función de la vista haya podido suministrar la idea del movimiento externo, si no preexistía esta idea; pero una vez que existe la idea del movimiento (y los ciegos de nacimiento la poseen plenamente) la vista puede percibir directamente el movimiento sobre una superficie, sólo por la apropiación del órgano á su función y sin la intervención subsiguiente del tacto y de la traducción en otro de un orden de impresiones. El doctor Dufour reconoce que en el caso de *Noé M.* no ha podido sorprender la educación de la vista por el tacto, como él y sus predecesores lo han hecho incontestablemente respecto al relieve. Sobre este particular, aunque con prudente reserva, presenta unas hipótesis cuyo valor me parece atenúan algunos hechos que voy á recordar.

La operada por Wardrop tiene para nuestro estudio una importancia excepcional. El ciego de Chelsden era muy niño; *Noé M.*, según resulta del informe de M. Dufour, era de una inteligencia ménos que mediana, al paso que la mujer operada por

(1) Helmholtz, *Óptica fisiológica*, pag. 399.

Wardrop tenía 46 años, y, como puede juzgarse por el informe del cirujano, estaba dotada de una inteligencia bastante viva. Aquella mujer había perdido el ojo derecho, y el izquierdo tenía sólo obstruida la pupila; la apertura del iris le devolvió la vista el 17 de Febrero de 1826. Volvió á su casa con una simple venda flotante para cubrir el ojo. En el camino dijo: «¿Qué es este objeto grande que acaba de pasar á nuestro lado?» Ese objeto grande era un carruaje. Luego había visto el movimiento. Hé aquí la explicacion propuesta por M. Dufour: «Al mismo tiempo que vió variar de sitio un objeto grande, la operada por Wardrop oyó verosimilmente pasar un carruaje; comprobó de este modo, por medio de una sensacion ya familiar para ella, á saber, la sensacion del ruido, que pasaba alguna cosa, un carruaje, y pudo coordinar inmediatamente la sensacion visual del movimiento con la sensacion del ruido, cuya explicacion conocía ya su alma.»

Una consideracion sacada del sitio del suceso hace en mi juicio una objecion á este modo de explicar el fenómeno, salvo datos más detallados y exactos. El hecho ocurrió en las calles de Lóndres, lo que hace verosímil, ó cuando ménos posible, una multiplicidad de ruidos de carruajes que se hubiera opuesto á la asociacion de ideas que forma el fondo de la explicacion de M. Dufour. Hé aquí, por otra parte, otro caso que no parece susceptible de explicacion de igual naturaleza. Hippel operó en Kœnigsberg á un niño de cuatro años, aquejado de una catarata congénita, y refiere la observacion siguiente (1): «Se le presentó un pañuelo de bolsillo á ocho pulgadas de distancia, se separó despues y se le hizo tomar un movimiento de oscilacion; el niño imitó perfectamente con su mano los movimientos del pañuelo.» Vió, pues, el movimiento sin que, al parecer, interviniera la sensacion de ruido.

Hé aquí, por último, un hecho que parece completamente significativo para la percepcion de las formas planas. El mismo dia de su curacion la operada por Wardrop quiso ver por la noche un reloj. Pusieron uno muy cerca de su ojo, y distinguió la manecilla, la cifra 12 y la cifra 6. Esta es una percepcion de formas planas relativa á un objeto muy próximo, que no sólo es natural sino inmediata. Importa observar que en la cuestion propuesta, una sola observacion juzgada exacta constituye prueba. La falta de percepciones inmediatas ó la singularidad de percepciones incompletas pueden explicarse por el deslumbramiento y por la falta de apropiacion del órgano, al paso que un hecho de percepcion inmediata, aún cuando fuera aislado, no tiene más explicacion posible que el acto de funcionar natu-

ralmente el órgano. Por ejemplo, cuando se hizo mover delante del niño operado por Hippel un pañuelo de arriba abajo y se le preguntó en qué direccion se verificaba el movimiento, respondió: «No sé.» Esto no impide que hubiera visto el movimiento de derecha á izquierda, y no es impertinente admitir que la apropiacion del órgano para la percepcion de un movimiento vertical sea más difícil y por consiguiente ménos inmediato que su apropiacion para la percepcion de un movimiento horizontal. Cualquiera que sea, por otra parte, el valor de esta suposicion, el hecho de la vision del movimiento horizontal queda comprobado.

3.º Despues del hábito del nervio óptico y de la apropiacion del ojo para el uso de los músculos motores, viene, por último, para todo lo que concierne al relieve y á la distancia la intervencion del tacto y la traduccion de las impresiones visuales. No tenemos idea del cuerpo sino cuando tenemos la de sus tres dimensiones. Teniendo por valederas las consideraciones que preceden, no se oponen á la tesis de Condillac, que dice: «el tacto es el único sentido que juzga por sí mismo de los objetos exteriores» (1), con tal que se interprete equitativamente la fórmula de este filósofo, no imputándole la idea de que el juicio pueda pertenecer á los sentidos como aparatos orgánicos. La intervencion del tacto en la educacion de la vista se halla completamente fuera de discusion. Sólo falta no fijarse exclusivamente en este punto de vista y conceder su parte legítima á la costumbre ó hábito del nervio y á la apropiacion del órgano para el ejercicio de sus propios músculos.

Resumiré las consideraciones que preceden en las cuatro proposiciones siguientes, que presento bajo una forma negativa, aún cuando en mi juicio expresan, más bien que tesis propiamente dichas, cuestiones que deben estudiarse:

1.ª Las sensaciones propias del órgano de la vista son la intensidad de la luz (brillo) y la calidad de la luz (color). Estas sensaciones son el resultado inmediato de la impresion orgánica recibida por la extremidad del nervio óptico, y tienen un carácter específico, y es, no necesitar la interpretacion de ningun otro sentido, ni ninguna operacion distinta del acto de conciencia sin el cual nada se percibiría ni se sentiría. Los progresos hechos por un ciego de nacimiento curado en la distincion de los colores no pueden ser sino el resultado del hábito del nervio y de la atencion que aviva la conciencia.

2.ª La sensacion del color es inseparable de la percepcion de una superficie. Este elemento de

(1) Noticias manuscritas comunicadas por el doctor Dufour.

(1) *Tratado de las sensaciones*. Título de la segunda parte.

percepcion envuelto en la sensacion no existe en las sensaciones del olfato, del gusto y del oido, y sí solo en las de la vista y el tacto, como ha hecho observar Juan Muller.

3.ª El conocimiento de las formas y el del movimiento sobre una superficie plana son percepciones naturales del sentido de la vista; pero estas percepciones, aunque naturales, no son primitivas ó inmediatas, porque exigen el hábito del movimiento del ojo, es decir, la apropiacion del órgano á sus funciones.

4.ª Toda nocion del relieve de los cuerpos y de las distancias es respecto á la vista una percepcion adquirida que resulta de la educacion de la vista por medio del tacto, es decir, de la traduccion de las impresiones visuales en impresiones de resistencia.

A estas conclusiones relativas al objeto directo de mi estudio, agregaré el enunciado de cierto número de consecuencias filosóficas que, á mi parecer, son su legítimo resultado.

I.—LA IDEA ESENCIAL DEL CUERPO ES LA DE UNA RESISTENCIA EN EL ESPACIO.

La existencia del cuerpo propio se revela al poder motor que existe en nosotros, y que nos permite intervenir como una fuerza en los fenómenos de la naturaleza, por la resistencia que proviene de nuestros mismos órganos. La existencia de los cuerpos extraños se nos revela por la resistencia de los objetos á los movimientos del cuerpo propio. La idea de resistencia sólo puede provenir del movimiento, y contiene por consiguiente la idea de aquel. La resistencia que se presenta en una superficie determinada, suministra el conocimiento de la forma. Suponiendo la nocion de cuerpo el conocimiento de sus tres dimensiones, y no percibiendo la vista naturalmente sino dos, resulta que la vista sola no nos daría idea del cuerpo, y que esta idea resulta de la facultad motriz.

Estas consideraciones justifican y apoyan la distincion establecida por Descartes y sostenida por Locke y por la escuela escocesa, entre las propiedades primarias ó esenciales de los cuerpos que constituyen para nosotros su sér, y las propiedades secundarias que tienen un carácter accidental en el sentido lógico de esta palabra. Esta distincion ha sido impugnada en nuestros dias por diferentes escuelas. M. Emilio Saisset, por ejemplo, en el artículo *Materia*, inserto en el *Diccionario de las ciencias filosóficas*, niega explícitamente su valor. Dice así: «La línea de separacion no uniforme trazada por Descartes, por Locke, por Reid, por Dugald Stewart entre las propiedades primarias y las secundarias de la materia, es más ó menos arbitraria é inconciliable con los hechos.» La misma negacion

encontramos explícita ó implícitamente contenida en todas las doctrinas procedentes de Condillac, que tratan de referir á la sensacion el todo de nuestros conocimientos. Esta negacion es completamente infundada, segun mi juicio. En nuestra idea completa de cuerpo existe una parte esencial (propiedades primarias) sin la cual la idea de cuerpo desaparece, y una parte accidental (propiedades secundarias) sin la cual la idea de cuerpo subsiste. Las propiedades primarias (forma, tamaño, movimiento) se refieren todas al hecho de la resistencia en el espacio, y son objetos de percepcion directa. Las propiedades secundarias (olor, color, sabor) no son para nosotros objetos de percepcion, sino sólo causas de sensaciones. La física moderna tiende á reducir á las propiedades primarias, es decir, á la forma y el movimiento, la parte objetiva de las propiedades secundarias. Nos enseña que, abstraccion hecha de nuestras sensaciones, que son una relacion preestablecida entre los fenómenos de la materia y los de la sensibilidad, el sonido, el calor, la luz, no son sino movimientos. ¿Cómo desconocer el valor de la distincion establecida entre las propiedades de los cuerpos considerados como las causas de nuestras sensaciones, y los fenómenos mecánicos con cuyo auxilio la ciencia determina y precisa el modo de accion de estas causas?

Es fácil justificar por medio de una suposicion la tésis que dice: la resistencia por sí sola basta para darnos la idea esencial de los cuerpos, idea que no nos suministraría todas nuestras sensaciones reunidas. Supongo un individuo cualquiera situado en una habitacion al lado de uno de esos espejos perfectamente transparentes que la industria moderna suministra al comercio. La vista no le revela la existencia de este cuerpo: extiende la mano y encuentra su resistencia: inmediatamente se le revela la presencia del cuerpo: sin haber visto ni oido nada, sin haber experimentado ninguna sensacion de sabor ni olor, y, suponiendo su mano callosa ó cubierta con un guante grueso, sin haber recibido impresion de frio ó de calor en ninguna sensacion táctil, la resistencia por sí sola le ha dado la idea del cuerpo. Aun sin recurrir á una suposicion de esta naturaleza, es fácil observar que los ciegos y los sordos tienen conocimiento de los cuerpos, y el conocimiento que de ellos tienen separa claramente las propiedades primarias y esenciales de las propiedades secundarias.

II.—EL EJERCICIO DEL PODER MOTOR ES LA CONDICION DE TODOS NUESTROS CONOCIMIENTOS.

Por ejercicio del poder motor debe entenderse no sólo la funcion del tacto, sino tambien toda accion ejercida por los músculos sobre los órganos del cuerpo propio, y en particular con relacion al obje-

to que nos ocupa, la acción motriz efectuada sea sobre el globo del ojo en su conjunto, sea sobre las partes que le componen. Sin el poder motor, la vista no nos suministraría ninguna percepción ni aún de las superficies figuradas, si es cierto que el conocimiento de las formas exige primitivamente al menos que la mirada siga todo el contorno de los objetos. ¿Subsistiría por lo menos la sensación? Esto es dudoso. Parece que estudios fisiológicos y psicológicos minuciosos establecen que las sensaciones no se hallan localizadas sino á condición del ejercicio de la facultad motriz, y que cuando se alteran las funciones de los nervios motores, el enfermo experimenta sensaciones vagas que ya no sabe referir á un sitio determinado. Puede deducirse de aquí, al menos á título de inducción probable, que la parálisis *absoluta* de todas las funciones motrices no permitiría ya ni aún la localización vaga en el conjunto del cuerpo propio. Supongamos una parálisis congénita de todos los nervios del movimiento destinados á las funciones de relación: ¿cuál sería la consecuencia de esta suposición, admitiendo que fuera posible la vida? Habiendo desaparecido toda localización de las sensaciones hasta en el cuerpo propio, parece que ya no habría base para la distinción del sujeto y del objeto, que es el fundamento necesario de todo conocimiento. Sería preciso llegar á la célebre fórmula de Condillac «el alma se reduciría á sus sensaciones»; pero si reflexionamos en ella, veremos que es una fórmula que no presenta sentido apreciable. Si el alma se redujera á sus sensaciones, ya no serían *sus* sensaciones en el sentido de una apropiación personal, sino *unas* sensaciones, en un sentido indeterminado; quedaría cortada la raíz de la personalidad y desaparecería hasta la posibilidad de todo conocimiento. La deducción más verosímil es que suprimido el poder motor, no existiría el ser capaz de sentir y de conocer; y la vida que pudiera subsistir en el cuerpo sería una vida puramente orgánica y vegetativa.

Todo conocimiento supone, pues, el poder motor, es decir, la actividad propia del ser consciente que interviene como una fuerza en los fenómenos naturales. No conviene decir que el conocimiento de los cuerpos es el resultado de «la sensación muscular», ó al menos es preciso no emplear estas expresiones sin un comentario ó aclaración. La resistencia que nos da la idea de los cuerpos es inseparable de la sensación muscular que nos revela esa existencia; pero esa sensación es sólo un signo del hecho esencial que es la detención de la acción. El cuerpo determinado en su forma y en su grado de resistencia es el obstáculo y no es la causa directamente indeterminada de una sensación. Las verdaderas sensaciones no nos enseñan nada por sí mismas

acerca de la naturaleza objetiva de sus causas. Entre la sensación del oído y el conocimiento de las vibraciones de los cuerpos sonoros transmitidas al aire atmosférico, se encuentra toda la ciencia de la acústica. Entre la vista de los objetos y el conocimiento teórico de las ondulaciones luminosas, se encuentra toda la óptica. El conocimiento objetivo de la causa de nuestras sensaciones supone, por consiguiente, un trabajo científico; pero ¿qué se encuentra entre la percepción de una resistencia y la idea de su causa objetiva? Evidentemente nada. Los sabios y los ignorantes, que ven y oyen lo mismo, tienen ideas muy diferentes sobre la naturaleza objetiva de los colores y de los sonidos; y los sabios tienen acerca de estos particulares teorías distintas; pero el geómetra más instruido y el hombre desprovisto de toda ilustración científica, tienen precisamente la misma idea acerca de la causa objetiva de la resistencia experimentada en la dirección de una superficie determinada: uno y otro admiten que esta causa es la forma de los cuerpos resistentes. En este caso, entre la percepción y su causa no hay posibilidad de la intervención de ninguna investigación científica.

Resulta de estas consideraciones que si quiere decirse que los cuerpos nos son conocidos por la sensación muscular, es preciso reconocer que esta sensación se presenta en condiciones marcadamente distintas de las de las otras sensaciones. Importa distinguir las sensaciones producidas por el sujeto que las experimenta, en el sentido de que son consecutivas á su acto, y las sensaciones que emanan de causas extrañas, en las cuales el sujeto que las experimenta no ha tenido acción especial y sólo puede operar la reacción. Si yo hablo y me oigo, no es el sonido de mi voz el que me dice que he hablado, sino, ántes que eso, la acción que yo he ejercido sobre mis órganos vocales. Si no conociese mi palabra sino por la sensación externa del oído, no podría distinguirlo de la palabra de otro. Igualmente, cuando un movimiento de que yo soy autor experimenta una resistencia, esta resistencia produce una sensación muscular; pero no es la sensación la que me dice que yo he obrado, puesto que es consecutiva á mi acto. Distingo tan bien la sensación muscular que resulta del choque de un cuerpo extraño, estando el mio en el estado inicial de reposo, de la sensación muscular debida á una resistencia á mi esfuerzo, como distingo la palabra de otro de mi propia palabra. La conciencia que tengo de mi acto y no la sensación consecutiva á este acto es lo que me dice que yo he obrado. La conciencia del esfuerzo precede á la sensación, y si se suprime esta conciencia, claro es que desaparece al mismo tiempo el conocimiento de las acciones consecutivas que se distinguen por esa propiedad.

El sér consciente es semejante al centro de una esfera al cual vienen á parar, como otros tantos radios convergentes, las acciones recibidas, y del que parten, como otros tantos radios divergentes, las acciones ejercidas. Las acciones recibidas son el resultado de las impresiones orgánicas; las acciones ejercidas son todas y siempre manifestaciones del poder motor. Comprender en una sola clase bajo el nombre de sensaciones el elemento pasivo y el elemento activo de nuestra naturaleza y reemplazar la idea del esfuerzo y del poder motor por la de las sensaciones musculares, es confundir lo que importa distinguir. Aplicando esto al objeto directo de mi estudio, la educacion de la vista tiene por condicion fundamental, no la traduccion de un órden de sensaciones en otro, sino el ejercicio del poder motor. Este poder se distingue de las sensaciones á título de elemento activo de nuestra naturaleza, cuyas sensaciones son los elementos pasivos: esta es la condicion de todo conocimiento.

III.—LA TERCER CONSECUENCIA FILOSÓFICA QUE SURGE LUMINOSA DEL ESTUDIO DE LOS FENÓMENOS DE LA VISION, ES EL SER INNATA LA INTELIGENCIA.

El juicio más natural para los que se atienen á las apariencias es que la vista nos da á conocer los cuerpos; la ciencia interviene y nos demuestra de un modo irrefutable que no sucede así. La vista, esta gran funcion de la vida de relacion, supone una educacion que le es necesaria para que nos dé la idea del cuerpo, inseparable de la de sus tres dimensiones. ¿En qué consiste esta educacion? Se responde: En traducir las impresiones visuales en las del tacto. Se ve que los ciegos de nacimiento curados hacen esta traduccion: tocan los cuerpos, comparan las impresiones del tacto con las impresiones visuales simultáneas, y llegan á interpretar las segundas por las primeras. Lo que se hace con reflexion en los adultos se hace espontáneamente en la primera infancia. Allí, se dice, hay una simple asociacion que poco á poco se hace inconsciente por la ley del hábito. Nada hay que rechazar en esta fórmula, pero es preciso interpretarla. Hablar de una simple asociacion, es expresar un hecho sin analizarlo. Para analizar el hecho es necesario formularlo: ahora bien, se formula así: «La causa de una impresion visual es un objeto que, sometido al tacto, presentaría una resistencia segun una forma determinada.» Esto es lo que los ciegos de nacimiento curados piensan con reflexion, y lo que los niños en su edad primera piensan espontáneamente. Someto esta fórmula al análisis, y descubro en ella, en la *causa* de las impresiones visuales, la intervencion inmediata de la razon propiamente dicha, por el empleo del principio de causalidad. Pero dejemos á un lado este elemento metafísico

del problema, porque suscitaría en muchas inteligencias, sometidas á la influencia del empirismo contemporáneo, objeciones que están muy lejos de ser insolubles, pero cuya refutacion exigiria demasiada extension. Dejado á un lado el elemento metafísico, queda en la fórmula que tenemos que analizar:

a. La memoria que conserva y reproduce el recuerdo de las impresiones del tacto, de las de la vista y de su comparacion; porque si no existiese este recuerdo, la comparacion que une dos órdenes de impresiones actuales para compararlas, no podría crear ningun hábito.

b. La abstraccion que separa las ideas de la forma de las percepciones inmediatas que han suscitado la idea.

c. El juicio que compara y despues reúne las dos clases de impresiones refiriéndolas á una misma causa.

Memoria, abstraccion, juicio; quizás hay algo más, pero seguramente nada ménos en la asociacion que suministra á la vista la percepcion adquirida de los cuerpos. Lo que el resultado del estudio quita á la experiencia inmediata de la vista, concede á las funciones de la inteligencia que se manifiestan en la base de las percepciones adquiridas ó mediatas. Esta consideracion tiene por efecto aumentar la extension y la aplicacion del *nisi ipse intellectus* de Leibnitz, estableciendo, con motivo de un estudio de detalle, que lejos de hacer proceder el pensamiento de las funciones de los sentidos, las impresiones orgánicas no son fuente de conocimiento sino para un sér activo é inteligente. Todo lo que se quita de innato á la percepcion sensible, pone más ostensiblemente de manifiesto lo innato de la inteligencia.

El lector tendrá buen cuidado en no confundir la tésis de sér innata la inteligencia con la tésis de las ideas innatas, entendida en el sentido de la presencia actual é inmediata de cierto número de nociones en el entendimiento humano. «Poco importa, dice Voltaire, que tu alma fuese tan sábia en el vientre de tu madre, si eres tan ignorante cuando ya tienes pelos en la barba (1). Fácil sería demostrar que esta burla procede de una interpretacion absolutamente falsa de Descartes y de Leibnitz, que han afirmado la posesion por el espíritu humano de sus más altas concepciones, no actual sino virtualmente. El estudio de esta cuestion de historia de la filosofía me alejaría mucho de mi objeto; importa solamente hacer observar bien que la tésis de ser innata la inteligencia, es decir, la imposibilidad de referir á las funciones de los sentidos el origen de nuestras facultades, se encuentra demos-

(1) *Cartas sobre los ingleses*, XIII.

trada por el estudio de la vision, que nos enseña que las percepciones de la vista suponen la intervencion de la inteligencia.

Deseo, al terminar y con motivo de los estudios que preceden, prevenir una confusion de ideas que puede resultar del uso de términos análogos empleados en dos sentidos diferentes y hasta contrarios.

En las controversias contemporáneas relativas á la teoría de la vision se han formado dos escuelas, llamadas: la una escuela *empirística*, y la otra escuela *nativística*. La teoría llamada nativística atribuye la localizacion de las impresiones en el campo visual, es decir, la parte de percepcion de las funciones de la vista, á una disposicion innata. La teoría empirística afirma que la localizacion por medio de la vista es una percepcion adquirida, y que la sensacion sola pertenece primitivamente á las funciones del órgano. Entre estas dos tesis opuestas, M. Dufour, conforme en este punto con la opinion de otros sabios, propone una nueva, que se considera á primera vista como un medio de conciliacion. Se trata de admitir que la percepcion de las formas planas por medio de la vista es inmediata y por consiguiente innata, en tanto que se trata de individuos actuales, pero que ha debido de tener, primitivamente, en la especie un origen experimental. Estas percepciones, adquiridas en el principio de la especie, se convertirian en innatas por la influencia de la herencia. La teoría nativística sería considerada como cierta en el estado actual, y la teoría empirística lo sería con respecto á un estado primitivo; cada una de las doctrinas opuestas tendría su parte de certeza; y valiéndonos de la terminología hegeliana, se habría encontrado la síntesis de la tesis y de la antítesis.

Respecto á este punto presentaré una observacion general sobre el uso que puede hacerse de la herencia, para explicar los fenómenos sometidos á nuestra observacion actual. Es indudable que en la vida de los individuos, los actos repetidos con frecuencia pasan desde el estado de voluntarios al de espontáneos, y que la costumbre crea instintos cuyo origen y desarrollo podemos seguir y apreciar. Por efecto de la herencia, los hábitos adquiridos por los antecesores pueden transmitirse y tomar, respecto al individuo, el carácter de innatos: esto no sólo es probable, sino absolutamente cierto en gran número de casos. Es instintivo el cazar en los perros, y comunmente vemos en un niño disposiciones que evidentemente concuerdan con los actos y con los hábitos de sus progenitores. Hay, no obstante, un límite para este género de explicacion. Los hijuelos de los mamíferos y los hijos del hombre verifican el acto de mamar á causa de una doble coordinacion de los músculos motores de los

aparatos de la boca con la impresion interna que resulta de la necesidad del alimento y la impresion externa de presentarse á sus labios un objeto cualquiera de una forma análoga al pezon del pecho. Nadie duda que la accion de mamar es actualmente instintiva é innata. ¿Sería el resultado de un hábito adquirido y trasmitido hereditariamente? Es difícil admitirlo sin explicaciones aclarativas. Efectivamente, la alimentacion en un mamífero joven es indispensable á su existencia. Si en el estado primitivo hubo de aprender á mamar, cabe la pregunta de cómo ha vivido durante este aprendizaje que supone cierta duracion. Suprimase el instinto de mamar, en el estado actual, y la generacion de los mamíferos se extinguirá sin dejar posteridad. Sería preciso explicar cómo ha podido suceder lo contrario en el estado que se supone primitivo, y en el que, segun la hipótesis, se verificó la adquisicion experimental del estado actual. Yo no examino si existe una explicacion posible de este hecho; sólo digo que sería preciso darla, y que al buscarla habría de tenerse en cuenta una regla fundamental: no ir á buscar nunca en el ejercicio de las funciones de la vida el origen de las condiciones indispensables á la vida. Igualmente, cuando nos ocupamos del origen de las ideas, no debemos jamás buscar en el ejercicio del pensamiento el origen de las condiciones indispensables al pensamiento mismo, que no podrá ejercerse ántes de realizar las condiciones necesarias para su existencia. Estas dos reglas tienen un carácter de evidencia, y sin embargo, se olvidan frecuentemente. Dicho esto, vuelvo al objeto directo de mi estudio.

Hay que distinguir dos cosas en las facultades y en las funciones de los seres vivientes: una parte individual que hace que plantas, animales, hombres nacidos de una misma semilla difieran unos de otros y de sus padres; y una parte hereditaria que procede de sus padres y se trasmite á su raza. Esta parte hereditaria debe considerarse precisamente como si se tratase de la vida de un mismo individuo, prolongada todo el tiempo que durase la serie de los individuos que se considera. La herencia no puede explicar sino lo que explicaría la consideracion de ese individuo hipotético. De aquí resulta que, si se afirma que una cualidad innata actual es una disposicion trasmitida hereditariamente, que procede de una experiencia anterior, no se concilian en el fondo las teorías nativística y empirística, sino que se afirma en su plenitud esta última teoría.

Veamos ahora la confusion de ideas que es preciso precaver. Consistiría en pasar, bajo la influencia de la analogía de los términos, desde la teoría empirística de la vision al empirismo filosófico. La única conclusion legitima es precisamente lo contrario: fácil será comprobarlo prestando aten-

cion á las dos clases de fenómenos perfectamente distintos que se encuentran reunidos bajo la denominacion comun de experiencia. La experiencia, como lo han reconocido todos los autores que han hecho un estudio serio de los fenómenos del hábito, es activa ó pasiva. En la experiencia pasiva, toda procede de fuera, á causa de las sensaciones recibidas, y todo toma un carácter espontáneo primero é instintivo despues, por causa de la multiplicacion de estas mismas impresiones. Por el contrario, en la experiencia activa todo resulta del ejercicio de las facultades, y si se tratase de elementos psíquicos, se aumenta aquel con la repeticion de actos de inteligencia y de voluntad que pasan al estado espontáneo.

El carácter propio del empirismo filosófico es considerar la inteligencia humana como un resultado de las impresiones exteriores. Su última expresion se halla en la célebre fórmula de la *sensacion transformada* adoptada por la escuela de Condillac.

Bajo este punto de vista todo proviene de la sensacion: tal es el principio fundamental del empirismo. Abramos ahora la *Óptica fisiológica* de Helmholtz, y preguntemos á este sabio: ¿cuál es el principio de la teoría empirística de la vision? Nos responde (pág. 1.001): «La proposicion fundamental de la teoría empirística es que: *para nuestra conciencia las sensaciones son signos cuya interpretacion se confía á nuestra inteligencia.*» Como se ve, es la afirmacion directamente contraria al principio de la sensacion trasformada. La sensacion es sólo un signo para el sér activo é inteligente, y este signo sólo es la fuente de un conocimiento, primero reflexivo, y espontáneo más tarde, por la intervencion de los actos de la inteligencia y de la voluntad. Defender el papel del alma como inteligencia y voluntad contra la teoría que quiere explicar todos los conocimientos humanos por las funciones de los sentidos, es la causa y el fin de un combate que llena los anales de la filosofía desde Anaxágoras hasta nuestra época. Estas observaciones de detalle relativas á la teoría de la vision conducen á un resultado cuya fórmula general es esta: «Léjos de provenir todo conocimiento de la sensacion, esta no es fuente de conocimiento sino para una actividad inteligente.» Esto es cierto en todos los casos, cuando se trata de la adquisicion de la idea completa de los cuerpos, para lo cual se exige (y esto es un hecho comprobado en el curso del debate) el tacto activo y la traduccion de las impresiones visuales en impresiones del tacto. El estudio de los hechos establece, en mi juicio, hasta que haya otros datos, que no sucede lo mismo respecto al conocimiento de las formas planas; y que en este punto subsiste la teoría de Juan Muller, con tal de que se establezca la debida distincion entre lo que es simplemente natural

y lo que es inmediato. Por lo demas, un adversario del empirismo filosófico, más deseoso de defender su sistema que de afirmar la verdad, no vacilaria en admitir inmediatamente y en toda su plenitud la teoría empirística y la fórmula de Helmholtz, que es su base; porque es evidente para un espíritu pensador que cuanto más sólidamente se establezca la teoría empirística de la vision, más sólidamente refutado quedará el empirismo filosófico.

ERNESTO NAVILLE.

EL CONSTRUCTOR DE ATAUTES.

El constructor de atautes Adriano Prokoroff acababa de colocar sus últimos muebles en un coche fúnebre que había convertido en carro de mudanzas, y dos caballos negros y flacos los trasladaron, haciendo el cuarto viaje, de Basmauna á Niketzki, á donde iba á vivir con su familia.

Despues de cerrar la tienda, pegó un papel en la puerta anunciando que la casa se vendia ó alquilaba, y se encaminó á pié hácia su nueva morada.

Al acercarse á la casa amarilla, que desde mucho tiempo era objeto de sus deseos, y que al fin había podido comprar por una cantidad considerable, el antiguo constructor de atautes se asombró mucho de no sentir tan alegre su corazón como otras veces.

Al poner el pié en aquel suelo desconocido y ver su nueva morada en el más completo desórden, echó de ménos su antigua casa, en la que, por espacio de diez y ocho años, todo había estado cuidadosamente arreglado, y empezó á reñir á sus dos hijas y á su operario por su lentitud: al mismo tiempo, mas bien por avergonzarles que por trabajar, se puso él también á la faena.

Pronto quedó todo arreglado; el armario en que se guardaban las imágenes de los santos, el bufete, la mesa, el divan y la cama ocuparon los sitios que tenían designados de antemano en una habitacion interior. En la cocina y la sala colocaron los productos de su industria, es decir, atautes de diferentes clases y pintados de distintos colores. Colocáronse en los armarios las capas de duelo, los sombreros fúnebres y las arañas de Rusia. En fin, el nuevo establecimiento se hizo público por una muestra que representaba á Cupido con una antorcha invertida, y con la siguiente inscripcion:

«Se construyen atautes sencillos ó pintados, con tela ó sin ella: se alquilan y componen los usados.»

Arreglado todo, se retiraron á su habitacion las dos hijas de Adriano. Este, despues de pasar revista

á todos los objetos, se sentó junto á la ventana y encendió la pipa.

No ignora el lector que Shakspeare y Walter Scott representan á los sepultureros y constructores de ataúdes, dos profesiones que se dan la mano, como personajes alegres y decidores; con esto obtienen la ventaja de que el contraste impresiona á nuestra imaginación.

Nuestro respeto á la verdad nos impide desgraciadamente seguir este ejemplo, y debemos confesar que el carácter de nuestro héroe estaba en perfecta armonía con su oficio. Adriano era triste y pensativo, pues no desplegaba los labios mas que para reñir á sus hijas cuando las veía ociosas, ó para decir el precio de sus mercancías á los que tenían la desgracia, y algunas veces la fortuna, de necesitarlas.

Adriano Prokoroff estaba sentado junto á la ventana y bebía con su habitual tristeza la sétima taza de té, pensando en la gran lluvia de la semana anterior que había caído sobre el coche en que llevaba á un anciano brigadier á su último cuartel. Aquella lluvia había producido muchos perjuicios. Le habían estropeado bastantes capas, y bastantes sombreros habían perdido la forma á consecuencia del agua: en vista de aquellos desperfectos, preveía gastos de absoluta necesidad, gastos tanto más necesarios, cuanto que se agotaban las existencias, y era indispensable renovar por completo el almacén.

Adriano esperaba indemnizarse de todas sus pérdidas con la comerciante Trukina, que hacia un año estaban diciendo que se moría. Pero Trukina no se acababa de morir; y como Trukina vivía en Bargoulay, es decir, cerca de la casa que acababa de dejar Adriano, este temía con justa razón que los herederos, que se habían comprometido á proveerse en su almacén, le faltasen á la palabra ahora que había dejado el barrio, y acudieran á su sucesor.

Todo esto era muy triste, como se ve; y como Adriano no era alegre, esta aglomeración de circunstancias nefastas habían cambiado en lúgubre su humor melancólico.

Aquellas reflexiones que habían oscurecido su rostro fueron interrumpidas por tres golpes dados en la puerta al modo masónico.

—¿Quiénes?—preguntó el constructor de ataúdes.

Por toda respuesta se abrió la puerta, y un hombre, que Adriano conoció en seguida por un obrero alemán, entró en la habitación y se acercó alegremente al dueño de la casa.

—Perdonad, querido vecino,—le dijo el recién llegado con pronunciación rusa de las más grotescas.—Perdonad si os molesto; pero he deseado conoceros en seguida.

Aunque Adriano no le miraba con demasiada benevolencia, el vecino continuó:

—Soy zapatero y me llamo Gottlieb Schultz, vivo en la casa de enfrente y mañana celebro el vigésimo quinto aniversario de mi matrimonio, y os invito á vos y á vuestras dos hijas á que vengais á comer conmigo.

El rostro de Adriano se despejó algo, recibiendo bien la invitación, y rogó al zapatero que se sentara, preguntándole si quería una taza de té.

El zapatero aceptó.

El carácter de Schultz era tan benévolo y franco, que á los pocos momentos de conversación, los dos vecinos se trataban tan familiarmente como si fuesen antiguos amigos.

—¿Cómo va el comercio de zapatos?—le preguntó Adriano.

—Medianamente,—respondió Schultz,—no puedo quejarme, aunque mi oficio no es tan ventajoso como el vuestro, porque un vivo puede pasar sin zapatos y un muerto no puede pasar sin ataúd.

—Es verdad,—respondió Adriano;—sin embargo, si el vivo no compra zapatos, va descalzo; pero esto solo indica que dejais de ganar, mientras que yo, si el muerto es pobre, tengo que darle ataúd gratis, que significa pérdida.

Schultz movió afirmativamente la cabeza.

La conversación duró cerca de una hora; pero como nada contenía interesante para el lector, nos dispensará que solo le hagamos conocer lo dicho.

Al fin se levantó el zapatero y se despidió del constructor de ataúdes, rogándole de nuevo que no olvidase su invitación para el día siguiente.

Al día siguiente, cuando sonaba la última campanada de las doce, estaban dispuestos Prokoroff y sus hijas. No describiré el caftán de Adriano, ni los caprichosos trajes de Acoulina y de Daria, separándome en esto de la costumbre de los novelistas modernos. Sin embargo, no creo inútil decir al lector que aquellas dos jóvenes se cubrieron con sombreros amarillos y se calzaron con botines rojos, adornos que habitualmente constituían la base de sus trajes del domingo.

Cuando el padre y las dos hijas llegaron á casa del zapatero, la encontraron llena de convidados, de los que la mayor parte eran obreros alemanes con sus mujeres y aprendices. Respecto á empleados del gobierno, había un boutschnik (1) llamado Yourko, que, á pesar de su modesto empleo, había sabido captarse la benevolencia del dueño y la dueña de la casa.

(1) Empleado de policía, que se estaciona en el extremo de las calles en una garita. Su principal misión es recoger los borrachos, los vagabundos y los que se duermen en las calles por la noche. Al día siguiente lleva á la policía á estos individuos, que les condena en castigo de su incontinencia, y según la gravedad del delito á barrer las calles donde han sido encontrados durante uno, dos ó tres días.

Hacia veinticinco años que servía fielmente como postillon de Pojoulsky (1).

El incendio de 1812, destruyendo la capital, no perdonó la garita amarilla de Yourko; pero en cuanto salieron los franceses de Moscou, le construyeron otra de color gris con columnas blancas, y Yourko, cubierto de nuevo con su saco de buriel y empuñando su vieja alabarda que había salvado, empezó á pasear delante de su nueva garita al mismo paso que lo hacía delante de la antigua.

Yourko conocía á todos los alemanes que vivían cerca de las puertas del Niketzky. Algunos de estos, á título de hospitalidad, pasaban muchas veces la noche del domingo al lunes en su establecimiento.

Adriano trabó al instante conversacion con el boutschnik, comprendiendo que podía serle útil en alguna ocasion, y cuando se sentaron á la mesa se colocó á su lado.

Los esposos Schultz y su hija Lotken (2), joven de diez y siete años, ayudaron á la cocinera á servir la comida, en la que desempeñaba el papel principal la cerveza.

Yourko comía como cuatro y bebía sin tasa. Adriano no le cedía en nada, pero todo lo hacía con su habitual tristeza; sus dos hijas obraban con suma delicadeza, haciendo ceremonias á cada plato que las presentaban y á cada vaso de cerveza que las ofrecían.

De pronto rogó el dueño de la casa á los convidados que guardaran silencio para que nada se perdiera del efecto; hizo saltar el tapon de una botella de champaña, y la detonacion fué saludada con hurrás tanto más generales, cuanto menos esperada era.

Debemos decir, para que no se extrañe la prodigalidad del industrial aleman, que el champaña que ofrecía no era procedente de las orillas del Marne ni de las de la Saona, sino de las riberas del Dom, lo que le daba en San Petersburgo un valor relativo al que tiene en Paris el vino de Limoux ó el de Seran.

Esta circunstancia no impidió al zapatero brindar á la salud de su querida Lisa, brindis que todos repitieron con entusiasmo.

Sin duda agradó mucho al buen aleman la amabilidad de los convidados, porque destapando otra botella de champaña llenó de nuevo los vasos, exclamando:

—¡A la salud de mis queridos huéspedes!

Los convidados le dieron las gracias vaciando los vasos.

Despues de la salud general se pasó á las salud

(1) A pesar de las investigaciones que hemos hecho, ignoramos qué es postillon de Pojoulsky, y, con sentimiento, nos vemos obligados á dejar al lector en la misma ignorancia.

(2) Diminutivo de Lucrecia.

particular. Bebióse á la de cada convidado, á la de Moskou, á la de una docena de pueblos de Alemania; en seguida pasaron á la salud de los caseríos y aldeas, y para no olvidar á nadie bebieron á la salud de los obreros.

Adriano bebía con entusiasmo, llegando á ponerse tan alegre que sus hijas casi no le conocían.

De pronto un grueso panadero levantó el vaso y bebió á la salud de sus compañeros de trabajo. El brindis se recibió con entusiasmo, y todos los convidados se saludaron, porque cada uno tenía parte en él. El sastre saludó al zapatero, el zapatero saludó al sastre, el panadero saludó al sastre y al zapatero, todos los demas saludaron al panadero, y así sucesivamente.

Solamente Adriano, en medio de aquella fraternidad universal, á pesar de su alegría, no apuraba el vaso á la salud de nadie, lo cual no quiere decir que perdiera ocasiones de apurarlo.

Su vecino Yourko observó aquel mutismo.

—¿Por qué no bebeis á la salud de alguien, señor Adriano? Puesto que todo el mundo bebe á la salud de sus parroquianos, bebed á la de los vuestros.

Esto sugirió una idea que le hizo reir, de la manera que él podía hacerlo, y levantándose sobre sus vacilantes piernas, dijo con voz bastante inteligible aún:

—Tienes razon, vecino Yourko. ¡A la salud de mis muertos, y que les aproveche!

Pero nadie respondió á aquel brindis, que sin duda consideraron algo sacrilego, y el constructor de ataúdes se sentó en medio de un silencio glacial.

Los convidados continuaron bebiendo, aunque el intempestivo brindis de Adriano había interrumpido la serie, sin lo cual no hubiese terminado hasta caer todos debajo de la mesa.

A hora bastante avanzada de la noche se separaron los convidados del zapatero, la mayor parte ébrios y los demas achispados.

El grueso panadero y su vecino de mesa, cuyo rostro estaba encarnado como un ababol, llevaron á Yourko, que no andaba sino porque le sostenían éstos, dejándole en la garita, con la que ellos habían hecho conocimiento en otras ocasiones, diciéndose uno á otro el proverbio ruso:

«Favor á cuenta de otro.»

Tal vez hubiesen sido más exactos diciendo: «Favor por favor;» pero en el estado en que se encontraban, no se repara en pequeñeces, y se alejaron riendo, prueba evidente de que estaban contentos de la cita, por incorrecta que fuese para ellos.

Por su parte, el constructor de ataúdes volvió á su casa; pero no estaba ébrio solamente, sino furioso. Con la obstinacion de los borrachos, que ven una ofensa en donde no existe la mayor parte de las veces, y que la hacen más amarga á fuerza de darla

vueltas en la cabeza, no cesaba de pensar en la impolítica de los convidados, que no habían recibido su brándis con el mismo favor que los anteriores.

—¿Qué significa esto?—murmuraba entre dientes,—¿por qué no han contestado á mi brándis esas gentes? ¿Es ménos honroso mi oficio que el de ellos? ¿Es hermano del verdugo un constructor de atautes? ¿Rehusar beber por mis muertos! ¿Pues me parece que los muertos valen tanto como los vivos, y sobre estos tienen la ventaja de que la muerte les ha curado de todos sus defectos. Los muertos dejan tranquilos á los vivos, miéntras que los vivos suelen atormentar á los muertos hasta en sus tumbas. ¡Mueran los vivos, vivan los muertos!

Dando traspiés entró en su casa, subió á su cuarto, embebido en la misma idea y sin reparar en la criada que le ayudaba á desnudar.

—Pensaba convidarles á cenar para devolverles su atencion; pero habiéndome tratado así, estoy dispensado de ser atento con ellos. Que se queden con sus parroquianos; yo me quedaré con los míos. A mis parroquianos y no á los suyos convidaré á cenar. Mis muertos serán mis convidados; con ellos beberé, y si no contestan á mis brándis, al ménos sabré por qué callan.

Y riendo en seguida como reiría un esqueleto, añadió:

—¡Está dicho, convidado á comer á mis muertos!

—Pero, señor, ¿qué estais diciendo?—exclamó la criada.

—O á cenar si lo prefieren,—añadió Adriano.

—Pero me haceis temblar, señor. ¿Convidais á los muertos á cenar?

—Sí, porque será mejor á cenar; cenaremos á su hora, á media noche. Que vengan á cenar conmigo mañana á media noche; les espero.

—¡Callad, señor! ¡Cenar con los muertos á media noche! ¿Es posible tener vino tan triste? ¡Dios mio!

Y como estaba casi desnudo, la criada le empujó hácia la cama, y salió de la habitacion haciendo la señal de la cruz.

Aun no había cerrado la puerta, cuando su amoroncaba ya como un huracan.

Despertaron muy temprano á Adriano. Durante la noche había muerto la comercianta Trukina, y su primer dependiente, por órden de los herederos, fieles al compromiso contraído con el constructor de atautes, venían á decirle que le necesitaban.

Adriano dió al dependiente diez copecks por la buena noticia, se vistió apresuradamente, tomó un isvochnitz y se hizo llevar al Bargoulay, casa de la difunta.

Ésta, amarilla como la cera, estaba tendida sobre una mesa.

La habitacion estaba llena de parientes, amigos, personas de la casa y conocidos.

Las ventanas estaban abiertas, encendidas las bujías, y los sacerdotes cantaban las oraciones de los muertos.

Adriano se acercó al sobrino de la señora Trukina, su pariente más próximo, jóven comerciante vestido á la última moda, y le prometió que el ataúd de su señora tia no dejaría nada que desear y se le remitiría al instante con los blandones y otros objetos necesarios para el entierro.

El heredero de la señora Trukina—la herencia era buena—el heredero de la señora Trukina le dijo que hiciese las cosas en conciencia, que no regatearía con él y se entregaría completamente á su buena fe.

Adriano le dió las gracias, prometiéndole tratarle como amigo; en seguida miró al dependiente, guiñándole el ojo, para indicarle que no le olvidaría, y despues salió para dar las órdenes necesarias y preparar todo.

Conforme había prometido Adriano, todo estuvo dispuesto aquella noche.

A las once salió de casa de la señora Trukina, á la que acababa de hacer enterrar, y volvió á pié á su nueva habitacion.

Aunque el camino era largo y oscura la noche, le recorrió sin accidente alguno.

Apenas distaba veinte pasos de su casa, cuando, á los rayos de la luna que empezaba á salir, le pareció ver una sombra que entraba por la puerta pequeña.

—¿Qué diablo será eso?—se preguntó Adriano;—¿quién puede venir á mi casa á estas horas?

Precisamente en aquel momento sonaban las doce ménos cuarto.

—¿Será un ladron?—murmuró.—¡Diablo! ¿si será algun amante que vendrá á ver á alguna de mis hijas? Bien podría ser.

Pensando esto, se había detenido á quince pasos de la casa, cuando vió otra sombra que, siguiendo el camino que la primera, entraba por la misma puerta.

Adriano dió un paso con intencion de interrogar al recién llegado; pero éste se detuvo, y al ver á Adriano, marchó hácia él y se quitó políticamente el sombrero.

Sin que Adriano recordara el nombre de aquel hombre, su fisonomía no le era desconocida.

—Caballero,—le dijo,—si venís á hablar conmigo, os suplico que entreis en mi casa, donde estaremos mejor que en la calle.

—Tratadme con confianza,—respondió con voz sorda el desconocido.—Pasad delante, os lo ruego.

—Solamente para enseñaros el camino,—replicó políticamente Adriano.

Y, sombrero en mano, echó delante.

La puerta estaba abierta, con gran asombro de Adriano.

Subió la escalera y el desconocido le siguió.

Adriano abrió la puerta de su habitación y quedó estupefacto.

Su habitación estaba llena de muertos.

La luna iluminaba aquellos rostros amarillos y rígidos, cuyas bocas estaban entreabiertas, medio cerrados los ojos y puntiaguda la nariz.

Adriano temblaba, y reconoció á todos los muertos que había depositado en ataúdes.

El último que había entrado con él, y cuyas facciones no le eran desconocidas, era el brigadier en cuyo entierro había ocurrido aquella gran lluvia que tan cruelmente había deteriorado su material.

Al presentarse el constructor de ataúdes, todos se inclinaron dándole gracias, exceptuando una mujer á quien Adriano tuvo que dar gratis un ataúd, porque la infeliz había muerto tan pobre que no podía pagarlo, y ahora no se acercaba á él por temor de que la tratara mal.

Aquella mujer permaneció modestamente en un rincón.

Los demás muertos estaban muy bien vestidos.

Las señoras llevaban faldas con volantes y tocas ó sombreros de la época en que fueron enterradas. Los hombres iban de uniforme ó con trajes civiles, pero sin afeitar.

Los comerciantes llevaban sus ropas de domingo.

—Hé nos aquí, Prokoroff,—dijo el brigadier tomando la palabra á nombre de todos;—como ves, hemos acudido á tu invitación. Hemos dejado en casa á los descarnados, á los que nada tienen. Solamente ha querido venir uno, á pesar de nuestras observaciones.

Al decir esto el brigadier, abrieron el círculo los muertos, y por el espacio despejado vió acercarse Adriano un esqueleto, completamente despojado de carne y sonriendo con amabilidad. Pedazos de sudario pendían de él, como los trapos que cuelgan de un palo en los campos para asustar á los pájaros. Los huesos de sus piés crujían dentro de las botas produciendo siniestro ruido.

—¿No me conoces?—dijo el esqueleto á Adriano.

El constructor de ataúdes permaneció mudo, bien porque no conociera al muerto, bien porque el terror le helara la lengua en el paladar.

El esqueleto continuó:

—¿Cómo! querido Prokoroff, ¿no recuerdas?

El constructor de ataúdes hizo un esfuerzo y dijo:

—¿Qué? ¿qué?

—¿No recuerdas á un antiguo soldado de la guardia, á Kuritkine, á quien vendiste en 1799 tu primer ataúd? Yo te estrené, y como no te he ocasionado desgracias, me debes un apretón de manos.

El esqueleto se adelantó hácia Prokoroff tendiéndole los brazos.

Adriano retrocedió medio muerto.

Pero como el esqueleto seguía avanzando y al mismo tiempo retrocedía Prokoroff, pronto llegó á la pared y tuvo que detenerse.

—¡Ah!...—dijo el esqueleto.—Al fin te tengo.

Pero cuando Adriano vió aquellas huesosas manos y aquellos descarnados brazos prontos á estrecharle contra el hueco pecho, su terror llegó al paroxismo; rechazó violentamente al esqueleto, que cayó de espaldas y se rompió en mil pedazos sobre el suelo.

Al ver aquello, todos los muertos empezaron á lanzar gritos del otro mundo, injuriando al pobre Prokoroff y preguntándole si era aquella su costumbre de convidar á las gentes á cenar á media noche, separándolas de sus ocupaciones para recibir las á puñetazos y hacerlas pedazos como al esqueleto.

Los gritos llegaron á un diapason tan elevado, sus gestos indicaron una exasperación tan grande, sus rostros revelaron tan amenazadora indignación, que faltando al pobre Adriano fuerzas para quedarse ó huir, cayó sin conocimiento sobre los huesos del soldado de la guardia.

Su desmayo fué tan profundo, que no salió de él hasta las nueve de la mañana.

Cuando abrió los ojos se encontró en su lecho, y vió á su criada preparando el samavar.

Aunque tenía abiertos los ojos, aunque estaba en su cama, aunque, á excepcion de la criada, estaba desierta la habitación, Adriano permaneció un instante mudo y temblando, porque su imaginación le representaba á la señora Trukina, al brigadier y al soldado de la guardia.

Incapaz de pronunciar una palabra, esperó á que Axenia, (así se llamaba la criada) empezara á hablar.

Esta se volvió por casualidad, y vió que su amo tenía los ojos abiertos.

—¡Ah, gracias á Dios!—dijo;—creía que no ibais á despertar hoy, Adriano Prokoroff: ¿sabeis la hora que es? Las nueve.

Diciendo esto, acercó la ropa á su amo; pero viendo que permanecía mudo:

—El sastre Ivan ha venido,—continuó;—después el buridochwich Yourka ha dicho que no olvidéis que hoy es la fiesta del alcalde del barrio; pero dormiais tan bien, que no he tenido valor para despertaros.

El constructor de ataúdes hizo un esfuerzo.

—¿Y no han venido de casa de la difunta?—preguntó.

—¿De casa de qué difunta?—dijo Axenia.

—De casa de Trukina, la comerciante que sabes.

—¡Jesus!—exclamó Axenia;—¿se ha decidido al cabo á morir la buena señora?

—Demasiado lo sabes, puesto que me ayudaste ayer á preparar todo lo necesario para los funerales.

—¿De qué funerales habláis? ¿estais loco, Adriano Prokoroff? Ayer no estuvisteis de funerales, sino de fiesta, aunque los funerales sean fiestas para vos.

—Pero, ¿dónde estuve ayer?

—¡Ayer! todo el día estuvisteis en casa del zapatero vecino, que celebraba el vigésimoquinto aniversario de su matrimonio; por más señas que volvisteis ébrio hasta el punto de no poderos tener de pié, que os acostasteis en cuanto vinisteis, y que desde entónces hasta ahora habeis estado durmiendo.

—¿Es verdad?—exclamó Adriano sentándose en la cama.

—Tan verdad, que oid las nueve en este momento.

Prokoroff escuchó el reloj desde la primera campanada hasta la última, y sólo entónces dijo, como si estuviese convencido:

—En ese caso, vé á llamar á mis hijas y sírvenos el té.

Mientras obedecía la criada, el constructor de ataúdes se limpiaba el sudor de la frente, murmurando:

—Es la última vez que bebo á la salud de mis parroquianos.

A. PUSCHKE.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Institucion libre de enseñanza.

INFLUENCIA DEL TRASFORMISMO EN LA GEOLOGÍA,

por D. Francisco Prieto y Caules.

I.

Expuso algunas consideraciones sobre los límites de la geología y sus métodos de estudio, señalando la confusion de esta ciencia con la cosmogonía como la causa principal de sus lentos progresos, y haciendo ver que el método inductivo supone la continuidad de los fenómenos naturales. Dedujo, de un exámen rápido de la historia de la ciencia, que las antiguas teorías suponen explícita ó implícitamente lo sobrenatural y no han logrado resolver los problemas de la geología; conduciendo su exclusion á la ley de la continuidad, admitida hoy por la gran mayoría de los geólogos en el mundo inorgánico.—Pasando al problema de la renovacion periódica de los seres vivos, dijo que podía recibir tres soluciones diferentes: 1.º, organizacion espontánea de la materia amorfa; 2.º, intervencion continua de la potencia creatriz, y 3.º, trasformacion lenta de los seres. Sin negar la posibilidad de la generacion espontánea, observó que la heterogenia se había visto

forzada á retirarse á las formas más sencillas de la vida, y que ningun auxilio da á los partidarios de la fijeza de las especies, miéntras que puede servir de complemento al trasformismo. Opinó que la teoría de las creaciones especiales es la negacion de la ciencia, pues si un poder sobrenatural es necesario para explicar las revoluciones del mundo, la geología cae bajo el dominio de la teología.—Examinó el origen del trasformismo, deteniéndose en las teorías de Lamarck y en la controversia que levantaron, haciendo notar que aquel principio podía ser cierto é ignorarse, sin embargo, durante muchos siglos el mecanismo de la trasformacion. Indicó la influencia que las ideas preconcebidas relativas al origen del hombre tuvieron para desacreditar las teorías de Lamarck y para volver al trasformismo más tarde. Consideró necesario reunir en una vasta síntesis los materiales acumulados por los naturalistas, y que la hipótesis trasformista respondía á este fin.—Y concluyó, manifestando que no cree que Lamarck ni Darwin hayan demostrado por completo la evolucion de las especies, postulado racional de muy fecundas consecuencias, pero que necesita la sancion de los hechos para poder fundar sobre él la ciencia de la naturaleza.

II.

Empezó por aducir algunas consideraciones que *a priori* conducen al trasformismo. Dijo que la discontinuidad repugna á nuestra inteligencia, y que el principio de la continuidad permite aplicar los procedimientos ordinarios de investigacion científica al estudio de la evolucion de las formas vivas. Indicó que la invariabilidad de las especies es incompatible con un Dios infinitamente sabio y bueno, miéntras que la nueva teoría resulta conforme con la idea de la Divinidad.—Del exámen de los seres actualmente vivos, dedujo que, si el observador superficial encuentra más motivos para creer en la fijeza que en la variacion de las especies, un estudio más detenido conduce á la conclusion contraria; y explicó por qué en la fauna actual hay especies bien definidas de animales superiores, miéntras que es casi imposible establecer líneas de separacion entre los seres más sencillos.—Opinó que la historia no puede demostrar ni la variacion ni la permanencia de las especies, y atribuyó gran importancia á las variaciones producidas por la accion inteligente del hombre, que, si es eficaz, es porque se cunda á la Naturaleza, siendo siempre impotente cuando la contraría.—Pasando á las antiguas faunas, dijo que se proponía consultarlas bajo tres puntos de vista diferentes: 1.º, para encontrar formas intercalares entre los grupos actuales; 2.º, comparar las distribuciones geográficas sucesivas de los seres vivos; y 3.º, demostrar el paralelismo del

desarrollo específico y del individual.—Después de citar varios ejemplos de especies y géneros extinguidos que borran las diferencias observadas en la fauna actual, pasó á grupos intercalares de orden más elevado, demostrando que las cinco familias del orden de los carnívoros no pueden deslindarse cuando se incluyen en la clasificación los seres extinguidos.—Examinó con detenimiento las formas incluidas en el gran grupo de los mamíferos ungulados, haciendo ver cómo todas se derivan por gradaciones insensibles de animales primitivamente pentadáctylos. Hizo ver, por último, cómo el abismo entre las aves y los reptiles se llenó por medio del grupo de los ornithocélidos, estudiados por Huxley; deduciendo de estos ejemplos que cada paso de la Paleontología es un nuevo argumento en pro del transformismo.

CONSTITUCION FÍSICA DEL SOL,

por D. Eduardo Saavedra.

Manifiesta que la abundancia inmensa de luz que el sol emite, ha ocultado durante largos siglos los fenómenos que tienen lugar en la superficie del mayor astro de nuestro sistema planetario, y deja ignorar todavía muchos otros que se escapan á la imperfección de nuestros medios. Con la invención del telescopio, se descubrió en el siglo XVI la existencia de manchas, cuyo fondo es completamente oscuro y están rodeadas de una corona gris, llamada *penumbra*, surcada por numerosos filetes luminosos, que parecen precipitarse en su fondo. Estas manchas permanecen á veces muchos días en el mismo estado, y aún reaparecen durante dos ó más revoluciones del astro, y entonces son redondeadas; pero en muchas ocasiones varían de figura, de muchas pequeñas se hace una grande, ó viceversa, arcos luminosos á manera de puentes las atraviesan; ó velos rosados las cubren en parte. Los filetes luminosos cambian de dirección, se cruzan unos sobre otros ó se tuercen en forma de garfio, como si un torbellino agitara la masa. También la mancha entera cambia de posición, ya en longitud ó en latitud, y todo denota la movilidad de un cuerpo fluido. El resto de la superficie solar aparece sembrado de puntos luminosos sobre un fondo ménos brillante; y en ciertos parajes, especialmente en los bordes de las manchas, se observan rugosidades de viva intensidad, que se llaman *fáculas*. Las manchas no suelen presentarse sino entre los 10° y los 30° de latitud á cada lado del ecuador solar; pero las fáculas se ven por todas partes.—La mayor absorción de luz y calor en los bordes demuestra la existencia de una atmósfera no luminosa y trasparente, cuya naturaleza química ha podido determinar el espectroscopio, donde se mar-

can, sobre todo, las rayas oscuras del hidrógeno y del hierro. Observando con el mismo instrumento las manchas, se nota que no carecen en absoluto de luz, sino que se hallan bajo una capa absorbente más poderosa, donde dominan los vapores metálicos en mayor proporción que en el resto de la atmósfera. Han suministrado la explicación de este fenómeno los eclipses totales de sol, durante los cuales se ve el disco negro de la luna rodeado de estrechísima faja y de pequeñas protuberancias rojizas, con una extensa corona luminosa á modo de nimbo, que por tal motivo se denominó *gloria*, de la cual salen largos rayos, dilatados por gran parte de la bóveda celeste. Examinados con el espectroscopio, la faja rojiza y las protuberancias de las zonas centrales producen brillantes las mismas rayas que pintan oscuras las manchas; así como en el espectro de la corona y en el de las protuberancias cercanas al polo predominan brillantes las rayas del hidrógeno; por lo cual se conjetura que la corona es la atmósfera solar y que las protuberancias son erupciones abundantes en vapores metálicos ó en gas hidrógeno, que eclipsan la luz de la fotosfera en el primer caso y no hacen sino señalar ligeras desigualdades sobre la superficie en el segundo.—El telespectroscopio, inventado por Janssen (1868), permite ver las protuberancias sin esperar los eclipses, y ha dado á conocer cómo aparecen, se desarrollan y levantan á alturas prodigiosas, y vuelven á caer en la capa delgada relativamente que rodea al sol, y se llama *cromosfera*. Esas protuberancias tienen relación inmediata de posición y de frecuencia con las manchas; al paso que, sobre la superficie limpia, la capa metálica aparece terminada por numerosas y pequeñas llamas. De todo esto y de la desigual velocidad angular de cada paralelo, se ha deducido que el sol es una masa gaseosa, tal vez nebulosa en su superficie aparente (*fotosfera*), que es la rodeada por una vasta atmósfera, relativamente fría, compuesta en su base de hidrógeno y metales vaporizados, y en el resto, de hidrógeno en su mayor parte. En ciertas épocas, erupciones de vapores metálicos ó de gases hidrogenados salen del interior por uno ó varios puntos, se esparcen por la atmósfera y caen de nuevo en la superficie. Vistas de costado, esas erupciones emiten una luz débil que dibuja protuberancias; pero de frente, si son metálicas, interceptan la luz de la fotosfera y producen las manchas. En el resto de la superficie, las materias eruptivas son muy transparentes, y la capa de vapores metálicos, agitada por el hervor de las llamas, aparece con las granulaciones brillantes, rodeadas de reticulación oscura.—Las agitaciones profundas en la masa solar, de las cuales resultan las manchas en su disco, están sujetas á periodos de unos

once años, hallándonos ahora precisamente en el centro de ese período, ó sea en el de mínimo de manchas. Varias relaciones se han pretendido establecer entre este hecho y otros fenómenos naturales; pero el que parece de más interés y puede dar origen á más fecundos resultados es el de la variación del magnetismo terrestre. Si algo se encontraba en ese camino, la Física solar y la terrestre, enlazadas, explicarían muchos misterios que guarda avara aún la Naturaleza.

LA MORFOLOGÍA DE HAECKEL; ANTECEDENTES Y CRÍTICA,

por el profesor D. Augusto G. de Linares.

I.

Explicada la significación eminente de Haeckel en la Filosofía y la Historia naturales, expuso lo que debía entenderse por «Morfología de la Naturaleza» y de sus organismos; su verdadera relación con la Geometría; sus partes teórica y descriptiva; el orden en que una y otra se han producido y desarrollado en la Historia del pensamiento; la trascendencia que en su constitución respectiva han ejercido el estudio embriológico de los animales y plantas y el examen teórico de las formas geométrica de los minerales y productos químicos; finalmente, el estado actual de esta ciencia y los perjuicios que han impedido organizarla en su completa unidad.—Pasó luego á examinar el medio ya constituido al publicar Haeckel su libro, y señaló, como primer antecedente inmediato de su concepción morfológica, la formulada por Goethe, á quien esta ciencia debe su nombre y cuyos esfuerzos para descubrir el prototipo del animal y de la planta, del esqueleto y de la hoja, representan el primer momento esencial en la constitución de la Morfología de estos organismos naturales.

II.

A lo dicho ya sobre Goethe, añadió que su sentido era en realidad el de los llamados *Filósofos de la Naturaleza*, cuya concepción general, mal conocida y peor juzgada, expuso luego brevemente, haciendo ver la unidad orgánica con que esta tendencia, representada principalmente por Oken y Carus, concibe el mundo físico. Examinó después los principios morfológicos expresos y latentes en las obras de estos pensadores que, consecuentes con su criterio, hacen brotar la variedad infinita de formas naturales de la unidad de la materia, revelada en ellas; estableciendo ser la esfera su posición más indistinta y sencilla, de la cual nacen luego por involución y evolución todas las restantes, y construyendo Carus sobre estos principios una teoría completa, así del esqueleto animal en todas sus clases y formas, como del humano especialmente.—Consi-

deró á seguida la tendencia unitaria, aunque mecánica, que en la ciencia general de la Naturaleza y en la especial de sus formas representan Lamark y Darwin sobre todo, que las reputan derivadas de su unidad respectiva, no por necesidad interna, sino sólo por meros accidentes exteriores.—Indicó además la significación de los trabajos morfológicos de Bronn, Burmeister y Jæger, que extendieron á los organismos el principio de las relaciones de simetría, establecido ya en la Morfología de los cristales; notando de paso el alto sentido de Carlos Schimper al exigir se instituyese una ciencia (la Roomorfología) que llenara el vacío existente entre la Física y la Fisiología actuales.—Por último, señaló como dato para juzgar ulteriormente el libro de Haeckel, la circunstancia de no haber éste conocido en su integridad los precedentes morfológicos expuestos, y sí sólo gradualmente y de un modo siempre parcial, como lo revelan sus recientes libros.

CONSIDERACIONES METAFÍSICAS SOBRE LA BELLEZA,

por D. José Echegaray.

II.

Después de resumir su anterior conferencia; dividió el problema en dos: 1.º, belleza objetiva; 2.º, belleza subjetiva, leyes de la unidad y la variedad en el objeto.—Escuelas estéticas: 1.ª, la belleza consiste en la variedad; 2.ª, la belleza reside en la unidad; 3.ª, doctrinas intermedias; 4.ª, escuela armónica.—Indicaciones sobre el clasicismo y el romanticismo.—Desenvolvimiento de la idea hegeliana.

Explicó los conceptos de *fondo* y *forma* de las cosas, y en qué consiste el desarrollo de los seres por realización de su *unidad* en diversas y sucesivas esferas de *variedad*; y cómo en la variedad únicamente, ó sólo en la unidad, puede existir la belleza, sin que esto contradiga el principio fundamental de la escuela sintética; citando con este motivo ejemplos de la física y del arte dramático.—Planteando definitivamente el problema, que ha recibido soluciones empíricas, pero incompletas siempre, en la arquitectura, en la pintura, en la poesía, etc., sin llegar nunca á la ley general, recordó que así se han formado todas las ciencias.

Redujo la ley de la belleza en los seres á la de ciertos momentos de su perfección sucesiva; y por respecto al problema del progreso, procuró hacer comprender, por una imagen, la ley de ascensión alternativa, pero constante, de las cosas. Definió los máximos y mínimos geométricos; distinguió cuidadosamente estos dos conceptos: cantidad de perfección, y posición más ó menos avanzada en la marcha general; afirmó que la belleza corresponde á aquella relación especial entre la variedad y la unidad que

es propia de los *máximos* en la ley de progreso. Explicó de esta suerte cómo un objeto más perfecto que otro puede ser ménos bello, y todas las aparentes contradicciones que en el problema de la belleza se encuentran. Citó varios ejemplos en comprobación de esta teoría: las nebulosas, los cielos y atmósferas; el fatalismo antiguo; el triunfo de la libertad, y por último, el problema, ya anunciado, de las integrales singulares y del determinismo. En este último punto se extendió el orador explicando el problema general del cálculo de los infinitos y la pretension del determinismo de reducirlo todo á combinaciones de movimientos anteriores; y concluyó demostrando que en el organismo humano, los movimientos materiales están en equilibrio indiferente, como en las soluciones singulares, lo cual está reconocido de antemano por la química en la inestabilidad de las combinaciones orgánicas.

Pasando á estudiar lo sublime, acordó previamente la sucesion y escala de los infinitos en el universo. Lo sublime resulta de la explosion, por decirlo así, de un sér buscando violentamente mayor perfección, ó protestando de su imperfección actual; es un esfuerzo violento hácia infinitos superiores. El acto ó el objeto sublime puede ó no realizar esta mayor perfección. Enlazó esta teoría con la de la belleza, viendo que ambas se comprueban y reducen á una teoría superior, aduciendo numerosos ejemplos.—Terminó con algunas indicaciones generales sobre la segunda parte del problema, ó sea, sobre la representación de la belleza en el hombre; de otro modo, sobre la emoción estética: problema comprendido en otro más general: el de la representación de lo exterior en el sér humano.

NATURALEZA DE LA MÚSICA,

por D. Gabriel Rodríguez y D. José Inzenga.

VI.

Continuó el Sr. Rodríguez el estudio del drama lírico, partiendo de la época de Mozart, examinada en la anterior conferencia. Mozart realizó con su obra *Don Juan* el modelo más perfecto que conocemos del drama lírico, modelo que satisface todas las condiciones estéticas de este género artístico. Pero Mozart no fué ni podía ser comprendido en su tiempo. Su obra era de carácter universal, y en ella aparecen fundidas todas las escuelas particulares. Las entonces existentes continuaron después con sus anteriores caracteres, aunque modificadas por la influencia mozariana; y el período novísimo, desde Mozart hasta nuestros días, se resume en el progreso realizado por las antiguas escuelas italiana y francesa y la alemana, nacida con Weber, aproximándose las unas á las otras, y tomando cada cual de las demás los elementos que necesita para com-

pletarse. El Sr. Rodríguez comprueba esta indicación, reseñando las trasformaciones sucesivas de las escuelas, en los momentos culminantes de su desarrollo, significados por los grandes compositores de nuestro siglo. El drama lírico aparece hoy representado por tres nombres principales: Wagner, Verdi y Gounod. Falta todavía un músico que complete la fusión y la constitución definitiva popular del drama lírico. Este músico podría haber sido Wagner, si sus facultades no estuvieran separadas de su natural dirección por sus extrañas ideas filosóficas y su concepción errónea del drama lírico.

El Sr. Rodríguez examina las doctrinas filosóficas y estéticas de Wagner y sus ideas sobre la unión de la letra y la música, sobre la melodía, etc., procurando demostrar que éste tiene un concepto falso del arte en general, y del drama lírico en particular. Este falso concepto, y la opinión de que todo lo conseguido hasta hoy, en la penosa y larga elaboración del drama lírico, vale poco ó nada, siendo, por lo tanto, indispensable impulsar al arte por derroteros enteramente nuevos, impiden que las extraordinarias facultades musicales de Wagner den su fruto completo. Felizmente, es ilógico muchas veces en la composición de sus dramas, y produce admirables efectos. Entre sus obras, *Lohengrin* parece la más bella al Sr. Rodríguez, y en ella es donde se aproxima más al drama lírico mozariano.

Combate, por último, el Sr. Rodríguez la tendencia á formar arte nacional alemán, que se observa en Wagner, y toma ocasión de este punto para presentar algunas consideraciones sobre los proyectos de creación de una ópera española. Estudiando lo que ha caracterizado á las escuelas hasta ahora existentes, y el estado general hoy del arte, se ve que el ideal nacional es ya pequeño, y que nuestros músicos deben inspirarse en el ideal universal artístico, realizando el mejor drama lírico posible, sin encerrarse en fórmulas y estilos particulares.

El Sr. Rodríguez concluyó esta conferencia y la serie de las explicadas sobre el arte de la música, dando gracias al auditorio por su constante benevolencia, así en su nombre como en el del señor Inzenga, que ejecutó al piano la marcha del acto segundo y la despedida de *Lohengrin*, de Wagner; y después, el *Largo* de la cuarta sonata de Beethoven, y un minué de Haydn.